LA OTRA TIERRA

GLENN PARRISH



La otra Tierra

Glenn Parrish

La Conquista del Espacio/044

CAPÍTULO PRIMERO

Lo primero que Drue Kell hizo al salir de casa aquella mañana fue, como todos los días, comprar el periódico.

A veces se preguntaba por qué lo hacía. «¡Total, trae lo mismo que ayer, sólo que le han cambiado los nombres o las fechas!», se decía.

Inundaciones, cataclismos, atracos, fricciones diplomáticas. Por fortuna, el Sentinel, que era el diario que solía comprar traía una muy buena página de pasatiempos.

Kell hojeó las páginas del diario mientras paseaba lentamente por la acera que bordeaba el Memorial Park de Hallymore. De pronto, algo llamó especialmente su atención.

Era un anuncio de una agencia de viajes y decía:

> *«¿Quiere conocer Straylan el más fascinante mundo extraterrestre?*
>
> *»Straylan, el VIII planeta del 8.° sistema de la constelación del Cisne, a sólo 433 años luz de la Tierra.*
>
> *»¡EMOCION! ¡AVENTURAS! ¡CACERÍA DE FIERAS EXÓTICAS! ¡Viaje a Straylan y tráigase como trofeo la cornamenta de un ciervo bicéfalo o la dentadura de una serpiente gigante!*
>
> *»Seguridad e interés garantizados por Bancass, agencia de viajes interestelares, calle Fulton, 355. Tel. YI-4487.*

»Precio del viaje a Straylan, todo incluido: $ 26.737, pagaderos en cualquier moneda.»

Kell leyó el anuncio y se echó a reír. —¡Qué humor! —dijo—. Straylan no existe.

O tal vez lo habían descubierto recientemente y él no se había enterado. La verdad es que Kell no estaba muy bien impuesto de los últimos descubrimientos astronáuticos.

Y como hacía una mañana estupenda, se dijo que lo mejor era continuar su paseo por el parque, uno de los escasos aciertos de los munícipes que regían los destinos de la ciudad de Hallymore.

De pronto, una muchacha guapísima le cerró el paso.

—Por favor, caballero, ¿podría indicarme usted el camino más corto para ir a la calle Morris-Wyn?

Kell contempló unos instantes a la joven. Contaría unos veintitrés años y era de pelo intensamente negro y mediana estatura. Tenía un cuerpo de líneas perfectas y su vestimenta consistía en una blusa sin mangas ni espalda y una falda a tiras anchas, debajo de la cual se veían unos pantaloncitos cortísimos.

El conjunto era un recreo para la vista. Kell se quedó embobado contemplando a la chica.

—Caballero, le he hecho una pregunta —dijo ella, ligeramente impaciente.

—Ah, sí, la calle...

—Morris-Wynn, señor.

—Bueno, si me permite que la acompañe —sugirió Kell—. No es que Hallymore sea muy grande, pero las indicaciones directas siempre resultarán preferibles a cualquier explicación verbal.

La chica sonrió agradecida.

—Estimaré el favor, caballero. Me llamo Sylvia Tarryth.

—Yo soy Drue Kell —sonrió él—. Venga por aquí, señorita Tarryth.

Kell se dispuso a dar media vuelta para acompañar a la joven. En el mismo momento, notó que Sylvia dejaba de sonreír.

La cara de Sylvia expresó temor.
—¡Ellos! —exclamó.
—¿Cómo? —dijo Kell.
Dos hombres aparecieron súbitamente por uno de los senderos del parque. El aspecto de aquellos sujetos, observó Kell, era más bien tétrico.
—Ahí está —gritó uno de ellos de repente, al ver a Sylvia.
Inmediatamente, la muchacha dio media vuelta y echó a correr.
Kell estaba perplejo. ¿Debía ayudar a la chica?, se preguntó.
Sintiéndose todo un caballero galante, se plantó con resolución en el camino de los individuos.
—Alto —dijo, enérgicamente—. ¿Son ustedes policías?
Los dos individuos se contemplaron un instante.
—Está de broma —dijo uno.
—No nos insulte —gruñó el otro.
—Apártese —ordenó el primero.
Desde unos treinta metros de distancia, Sylvia gritó:
—¡Déjelos, no les haga nada, señor Kell!
Un puño avanzó repentinamente al encuentro de Kell, quien, no obstante, pudo eludir el golpe parcialmente. Pero recibió el impacto en un hombro y dio una vuelta completa sobre sí mismo, cayendo acto seguido de bruces sobre un parterre.
—¡Vaya una manera de pegar! —refunfuñó, mientras hacía esfuerzos por ponerse de pie.
Con el rabillo del ojo vio a Sylvia que corría desesperadamente, seguida de cerca por los dos sujetos. De pronto, Sylvia sacó algo de su bolso y lo dejó caer al suelo, sin dejar de correr.
Entonces ocurrió algo inesperado.
Los dos hombres chocaron contra un obstáculo invisible. Retrocedieron con violencia y cayeron al suelo sin sentido.
—Rayos —dijo Kell.
Ya se había puesto en pie y se acercó a la pareja, que yacían en tierra inmóviles. Dio dos o tres pasos y, de pronto, chocó contra aquel misterioso obstáculo.
Tanteó con las manos. Parecíale tener delante un muro de cristal invisible, pero de una transparencia absoluta, desprovisto por completo de todo poder de refracción. Golpeó el muro con

el puño, pero no se produjo el menor sonido, como, sin duda, habría sucedido de haber pegado en una auténtica pared de cristal.
Los dos sujetos empezaron a moverse. Kell no era hombre cobarde precisamente, pero preferiría portarse con prudencia y abandonó el campo, preguntándose de dónde había surgido aquella fantástica pared invisible.
Sylvia se lo hubiera podido explicar, pensó, pero, por más que buscó luego en el parque, no pudo encontrar el menor rastro de la muchacha.

* * *

El hombre era menudo, casi calvo, con gruesas antiparras montadas al aire y de aspecto más bien tímido. Llegó ante la puerta de la agencia de viajes interestelares y comprobó, mediante la lectura del rótulo correspondiente, que había llegado al punto de destino. Debajo del rótulo con el título de la agencia había otro:

ENTRE SIN LLAMAR

El hombre de las antiparras empujó la puerta y asomó la cabeza.
—¿Se puede?
Una opulenta recepcionista de ojos grises y pelo escandalosamente teñido de rubio, suspendió la apasionante tarea de pulirse las uñas.
—Entre, por favor —dijo con voz condescendiente.
El hombre de las antiparras no se fijó siquiera en el fascinador espectáculo que eran las bien torneadas piernas de la recepcionista. Usaba un anticuado sombrero y se lo quitó con comedido ademán.
—Esta es la Agencia Bancass, de viajes interestelares —dijo.
—Sí, señor —contestó la rubia—. Yo soy la señorita Goodwin, Flora Goodwin; secretaria de la dirección.
—Tanto gusto, señorita. Tengo entendido que ustedes

proporcionan pasajes para Straylan.
—Así es, señor... Todavía no me ha dicho su nombre.
El tipo de las antiparras sonrió tímidamente.
—Mi nombre es un poco raro y algo largo —dijo.
—Es lo mismo. Si su nombre resulta difícil de pronunciar, lo repetiré varias veces hasta aprendérmelo de memoria. Dígalo sin miedo, caballero.
—Está bien, señorita Flora. Yo me llamo Xprrqwwzqrs, pero como es un poco complicado, prefiero que me llamen de una manera más sencilla. Pedro Gómez, por ejemplo.
Flora se quedó boquiabierta. ¿Le estaban tomando el pelo?
—¿Y bien, señorita, qué me dice del viaje a Straylan?
La rubia procuró componer el gesto.
—Sí; claro, un viaje a Straylan, se..., señor Gómez.
Pero necesitaré algunos datos personales de usted.
—Por supuesto. Pregunte, por favor.
—El nombre ya me lo ha dicho. ¿Profesión?
—Ingeniero... Sí, eso, ingeniero de cerebros.
Flora puso una cara de idiota imponente
—Querrá decir neurólogo, señor Gómez.
—Oh, no, ingeniero de cerebros, señorita.
Flora se encogió de hombros.
—A lo mejor es que a los neurólogos les gusta más el nuevo título masculló—. ¿Motivos del viaje a Straylan?
—Quiero regresar allí, señorita.
—Quiere regresar... —empezó a repetir Flora, maquinalmente —. ¿Eh, qué ha dicho? —chilló.
—Ya lo ha oído, señorita; quiero volver a Straylan. Yo soy de allí, ¿sabe?
Flora miró de reojo al visitante. Luego se inclinó a un lado y tocó una palanquita.
—Señor Bannion... —llamó a través del interfono.
—Soy Cassini —dijo una voz—. Hable, Flora.
—Esto..., señor Cassini. Aquí..., aquí hay un caballero que dice que es de Straylan y que quiere regresar a..., a su país. ¿Le..., le gustaría hablar con él?
Hubo un momento de silencio. Después, se oyó la respuesta:

—Hágalo pasar, Flora.
—Sí, señor Cassini.
—No soy Cassini, soy Bannion —gruñó alguien.
Flora contuvo una maldición. Nunca acababa de diferenciar las voces de los dos socios propietarios y directores de la agencia.
—Está bien, señor Gómez —dijo—. Tenga la bondad de pasar al despacho de la dirección.

CAPÍTULO II

Drue Kell llegó a su casa un poco desconcertado por el singular incidente de que había sido parcial protagonista. Tras algunos momentos de reflexión y aunque ello no era su costumbre, decidió prepararse algo de beber.
Al cabo de unos momentos pensó que debía empezar el trabajo cotidiano. Sentóse ante el tablero de dibujo y agarró un lápiz.
Estuvo unos momentos trazando bocetos sobre el papel. De pronto, sonó el llamador.
—Espero que no sea algún cobrador —dijo, mientras se ponía en pie.
Abrió la puerta. Parpadeó.
Los dos sujetos que habían intentado perseguir a Sylvia estaban frente a él y ambos tenían un detalle en común: las narices rojas e hinchadas, a consecuencia del golpe recibido contra la pared invisible.
—Usted es Drue Kell —dijo uno de ellos.
—Lo admito —contestó el dueño del piso.
Una mano poderosa le empujó hacia atrás. —Yo soy Tino Chinn —se presentó.
—Y yo me llamo Macy Ogquist —añadió el otro.
—Me gustaría decirles que es un placer, pero no soy un hipócrita. ¿A qué debo el disgusto de verles por mi casa?
—Sólo queremos una cosa de usted —dijo Chinn.
—Es muy sencillo: Olvide a Sylvia Tarryth —agregó Ogquist.
—Me piden ustedes un imposible, caballeros —contestó Kell.
—¿Cómo? —dijeron los dos intrusos a dúo.

—¿Quién podría, una vez contemplada, olvidar la arrebatadora belleza de Sylvia Tarryth?
—Está de broma —refunfuñó Chinn.
—Sí, pero a mí me duelen hoy los callos y tengo un humor de todos los diablos —gruñó el otro—. Kell, lo siento, pero va a tener que olvidar a la chica.
Y, de repente, sin previo aviso, sacó una pistola. Kell no tuvo tiempo de prevenirse ni siquiera de sentir miedo. La pistola despidió un chorro de gas y Kell lo recibió en plena cara.
Inmediatamente, se tambaleó, sintiendo una extraña flojedad en las piernas. Luego se derrumbó sobre un sillón, incapaz de hacer el menor movimiento, pero perfectamente lúcido por otra parte.
Ogquist se inclinó sobre él.
—¿Me oye usted, Kell? —preguntó.
—Sí —contestó el joven.
—Está bien. Vaya darle una orden. Olvide a Sylvia Tarryth. Usted no ha visto jamás a esa chica. ¿Entendido?
—No he visto nunca a Sylvia Tarryth.
—Estupendo. Vámonos, Tino; este tipo ha quedado listo.
Los dos sujetos se dirigieron hacia la puerta.
—Este gas del profesor York es maravilloso, ¿verdad, tú? —comentó Chinn en el momento de cruzar el umbral.
Pasaron algunos minutos.
Kell sintió que le picaba la nariz y levantó la mano para rascarse. Entonces observó que podía moverse con entera normalidad.
Se levantó, hondamente preocupado.
—De modo que esos tipos me han dicho que olvide a Sylvia —murmuró.
Se acercó al tablero y contempló el dibujo que había trazado minutos antes.
Era una perfecta reproducción de la muchacha. Kell sonrió al darse cuenta de que había dibujado a Sylvia maquinalmente.
—Conque olvidar a Sylvia, ¿eh? —murmuró—. Han pedido un imposible. No la olvidaré jamás, aunque sólo la he visto una vez.

Pero, ¿cómo verla de nuevo?
La respuesta era sencilla: la guía telefónica.

* * *

Jules Bannion y Tim Cassini, los propietarios y dueños de la agencia de viajes eran distintos en lo físico, pero muy parecidos en otro aspecto: la habilidad que tenían para sacar el dinero a la gente por los medios más disparatados.
Cuando llegó Pedro Gómez, estaban comentando los resultados de su anuncio.
—Pican como moscas —decía Bannion riendo.
—La gente se pirra hoy día por viajar a los planetas más lejanos —comentaba Cassini—. Esto de los descubrimientos en astronáutica puede ser una mina para nosotros.
—De momento, todo el que quiere ir a Straylan, tiene que dejar mil dólares como anticipo. En cuanto hayamos reunido los cien primos que necesitamos, y no tardaremos ni una semana, la agencia Bancass desaparecerá como por arte de birlibirloque.
—¿Y qué haremos con Flora?
—Bah, dale diez mil dólares y quedará más que contenta.
—Con tal de que no proteste...
—No protestará. Y, de todas formas, no es una chica que se apure. Pronto encontrará trabajo.
—Sí, en una esquina debajo de un farol. Los dos socios rieron a mandíbula batiente.
El «negocio» se mostraba prometedor.
Bannion y Cassini —de donde venía el nombre de la agencia—, especulaban hábilmente con la tontería del público. A todo el mundo le decían que tenían preparada la astronave y que partirían antes de una semana.
Lo que no divulgaban era que los que partirían serían ellos con el dinero de los incautos, naturalmente. Había cosas que no se podían decir, por aquello del secreto profesional.
Entonces, cuando más satisfechos estaban, Flora les anunció la presencia de un tipo que quería nada menos que regresar a Straylan.

Los dos socios se desconcertaron. Bannion, sin embargo, con más presencia de ánimo, ordenó que el visitante fuese introducido en el despacho.
Bannion en persona recibió a Gómez.
—¿Cómo está usted? —saludó amablemente—. Permítame que le presente a mi socio y copropietario Timothy Cassini.
—¿Qué tal señor Gómez? —dijo Cassini untuosamente—. De modo que quiere viajar a Straylan, ¿eh? ¡Je, jet, ¡eso demuestra que tiene usted buen gusto, amigo mío! ¿Qué quiere beber? ¿O prefiere un cigarro?
—No, gracias, en Straylan no se bebe ni se fuma —contestó el visitante.
—Ah, ya, Ley Seca y Ley Antipolución de la atmósfera, ¿verdad?
—Bueno, algo por el estilo... ¿Qué hay del viaje a Straylan? Yo soy de allí —dijo Gómez con toda naturalidad.
—Un magnífico planeta —elogió Bannion poniendo los ojos en blanco.
—Bah, no crean, corrientito y gracias —contestó el visitante—. ¿Podrán llevarme allí?
—Por supuesto, pero la nave no zarpará hasta la próxima semana...
—Oh, no tiene importancia. Esperaré esos días.
—Pero antes... —Cassini tosió un par de veces—. ¡Ejem, ejem! Señor Gómez. el cliente que se inscribe para un viaje a Straylan, debe abonar lo que corrientemente se llama paga y señal...
—Una pequeña cantidad en concepto de anticipo —expresó Bannion.
—Cinco mil dólares —puntualizó el otro estafador.
—Oh, sí, claro, por supuesto —aceptó Gómez. Metió la mano en el bolsillo, sacó un disco que parecía de hierro y lo dejó sobre la mesa—. Espero que me den un recibo por los cinco mil dólares.
Bannion y Cassini pusieron una cara de idiotas tremenda.
—¿Eso qué es? —preguntaron a dúo.
—Cinco mil dólares. En moneda straylanita, claro —contestó

Gómez con absoluta seriedad.
Bannion cogió el disco, que parecía un platillo de café y tenía un centímetro de grueso, y examinó con curiosidad los extraños grabados que había en el anverso y reverso.
—¿«Esto»... es cinco mil dólares?
—Tengo entendido que ustedes aceptan cualquier moneda —les recordó Gómez.
—Sí, desde luego, pero...
—El cambio, a la par entre lo que podríamos llamar franco straylanita y la moneda de este país es uno a mil. Yo les he entregado cinco francos straylanitas, lo que equivale a cinco mil francos —dijo Gómez con una seriedad absoluta.
Bannion se pasó una mano por la cara. —Extiéndele un recibo, Tim —indicó.
Cassidy escribió algo en un talonario. Arrancó la hoja y se la entregó al visitante.
—Aquí tiene usted, señor Gómez.
—Muchas gracias, son muy amables. Si desean algo de mí, me alojo en el Graypole. Allí pueden avisarme el día de la partida. Ha sido un placer, caballeros.
Gómez salió, dejando estupefactos a los timadores.
—¿Has visto, Jules? —dijo Cassini, sin salir todavía de su asombro.
—Esto me recuerda el tipo que «fabricó» un billete de mil quinientos dólares y al ir a cambiado en un bar le dieron como vuelta dos de setecientos cincuenta —gruñó Bannion.
—Pero, ¿de dónde diablos habrá salido ese chiflado?
¿Es que nos ha tomado el pelo?
Cassini manejó el interfono.
—¡Flora! —rugió.
—Sí, señor Bannion.
—¡Soy Cassini, maldita sea! ¿De dónde ha salido ese tipo?
—Pues... vino a la agencia y dijo que se llamaba Xprrqwwzqrs, pero como es un nombre difícil de pronunciar, prefería que le llamasen Pedro Gómez. También dijo que quería regresar a su..., a Straylan, y que era ingeniero de cerebros.
Bannion respingó.

—¿Ingeniero de cerebros? —repitió a través del aparato.
—Sí, señor Cassini.
—Soy Bannion, diablos... Flora, si vuelve ese tipo otra vez, échele a patadas, ¿estamos?
—Sí, señor Bannion.
—Y dígale que aquí no queremos estafadores. ¡Pues no faltaría más! —añadió el otro socio virtuosamente.
—Sí, señor Bannion.
—¡Cassini!
Se oyó un golpe sordo. Cassini, furioso, acababa de cerrar de un puñetazo.
Flora se quedó muy afligida.
—Pero, ¿cuándo aprenderé a distinguir las voces de esos dos hombres? —se lamentó.
Y luego, de repente, sin saber por qué, encontró que el tímido y esmirriado señor Gómez le había parecido muy simpático.

CAPÍTULO III

Sub-Hallymore 2 era un suburbio residencial de la ciudad, situado a pocos kilómetros del centro urbano. Había un pequeño centro comercial, algunas boutiques, unos cuantos bares y otros establecimientos que se bastaban para las necesidades inmediatas de los habitantes de Sub-Hallymore 2.
Las calles eran anchas, bien pavimentadas y sombreadas por largas hileras de frondosos árboles. Algunos de los vecinos de Sub-Hallymore 2 tenían costumbres muy peculiares.
Por ejemplo, Minnie Overshome, una curvilínea pelirroja a la que no agradaba la soledad en ningún momento. Por eso aquel día, apenas se hizo de noche, abrió la puerta posterior de su casa y acogió en sus amorosos brazos al galán de turno.
Otros de los habitantes de Sub-Hallymore 2 tuvieron que regresar repentinamente a la ciudad a imprevistas reuniones de negocios. En realidad, la reunión se celebraría en la casa de uno de ellos, soltero, en torno a una mesa bien provista de tabaco, licores, naipes y fichas de juego.

El señor Kimball, Peter de nombre, tenía el hábito de tomarse todos los días unas copas antes de la cena. Kimball llamaba a aquello su diaria inyección de moral.
—Sí, Johnny, amigo mío —decía con voz ya ligeramente estropajosa—, porque tú no te puedes dar una idea de lo qué es regresar a casa y encontrarse con una mujer y una suegra dispuestos a armarte una tremolina por menos de diez centavos... Anda, Johnny, ponme otra copa.
—Ya está bien, señor Kimball —contestó el barman, comprensivamente—. Tiene cuatro en el estómago; no lo estropee más. Págueme y vuélvase a casita. Y si quiere un consejo, en cuanto abra la puerta, quítese un zapato y empiece a zapatazos con las dos mujeres. Verá qué pronto cierran el pico.
—Sí, creo que es un buen consejo —dijo Kimball, sonriendo con estúpida expresión—. Correré a zapatazos a las dos y...
— Dejó unas monedas sobre el mostrador y se dirigió hacia la salida. No era casualidad que su casa quedara justo frente al bar.
—Pobre Kimball —dijo uno de los clientes—. Tiene en casa dos mujeres que le convierten la vida en un infierno.
—Si eso me ocurriese a mí, ya habría volado la casa con dinamita —aseguró otro.
—¿No se ha creado recientemente una Legión Internacional del Espacio? ¿Por qué no se alista y se va de la Tierra una temporada? —dijo un chusco.
La calle estaba muy bien iluminada y tanto Johnny como los clientes pudieron ver a Kimball caminar un tanto vacilante y detenerse ante la puerta del piso. Kimball sacó la llave y la insertó en la cerradura.
—¿Se quitará el zapato? —dijo alguien ansiosamente. Kimball abrió la puerta dio un paso y se cayó de bruces en el suelo.
Johnny y los clientes se quedaron atónitos.
—¡Rayos! —gritó uno—. ¡La casa...!
—Ha desaparecido... —dijo otro.
Kimball estaba caído en el suelo, algo levantada la cabeza, mirando a derecha e izquierda con incredulidad el cuadrado

trozo de suelo liso y absolutamente llano que tenía frente a sí.
—Mi casa... Mi mujer... Mi suegra...
De pronto empezó a reír como un demente.
—Se han volatizado —gritó exultante de júbilo—. Esto hay que celebrarlo.
Y poniéndose en pie, dio media vuelta y corrió de nuevo hacia el bar, dispuesto a celebrar como era debido el feliz acontecimiento.
Al mismo tiempo, sucedieron varias cosas extrañas en Sub-Hallymore 2.
Hacía una noche excelente y muchas personas estaban paseando por la calle bien iluminada. Dos de ellas eran mujeres y se pararon de pronto ante una casa a la que le faltaba completamente la fachada.
—Oye, Polly, ése que veo ahí jugando a las cartas, ¿no es tu marido?
—¡Nancy! ¡Tu esposo también está ahí! —chilló la otra.
Los jugadores se dieron cuenta de que pasaba algo raro. Oyeron los gritos y se encontraron de repente en una habitación a la que faltaba toda una pared, la que daba precisamente a la calle.
—¡Mi mujer! —gritó Ben Smith.
—¡Atiza, mi esposa! —exclamó Louis McToole.
La señora Smith y la señora McToole se contemplaron un instante.
—¿No eran ésos los que decían estarían hoy en una reunión de negocios en Hallymore?
—Sí, sí, negocios... Los negocios se los haré yo cuando vea a mi abogado.
Un poco más allá, Minnie Overshome, con muy poca ropa encima, estaba en un diván, pegada literalmente a su galán de turno. Ambos se murmuraban palabras de ardiente cariño, ajenos a lo que sucedía a su alrededor.
Tres personas se pararon de pronto ante la casa sin fachada.
—¿Es la televisión en tamaño natural? —dijo un humorista.
—¡Caramba con la señora Overshome, qué bien le guarda la ausencia a su esposo! comentó otro transeúnte con sarcasmo.

Minnie y su galán no se habían dado cuenta todavía de nada. La gente se agolpó frente a la casa, que era, como casi todas, de una planta y con un pequeño jardincito alrededor.
—Amor mío —dijo la ardiente pelirroja con voz acariciadora.
—Mi vida —susurró el galán.
—¡Más alto, que no se oye! —gritó un curioso, guasón.
—¿Eh? —dijeron a la vez Minnie y el galán.
Entonces, miraron hacia la pared y vieron que no estaba y vieron también...
Minnie optó por desmayarse. En cuanto al galán, salió de estampida por la puerta posterior.
El jolgorio era inenarrable. Pero no eran aquellos los únicos casos extraños de desaparición de edificios, enteros o en parte, incluso con algunas personas dentro, que se habían producido aquella noche en Sub-Hallymore 2.

* * *

Drue Kell leyó las noticias de lo ocurrido en el suburbio, cuando salió a comprar el Sentinel. Le pareció un poco extraño, pero no dio mayor importancia a la cosa.
Estaba preocupado por algo que le había sucedido y que todavía no había logrado aclarar. ¿Por qué le habían ordenado olvidar a Sylvia Tarryth?
En la guía telefónica no aparecía el nombre de la joven. De pronto, Kell se acordó de su amigo el teniente Harber, de la policía de Hallymore.
Como estaba en la calle, regresó a su casa. Sentóse frente al teléfono con pantalla visora y llamó a su amigo.
—Tengo que pedirte un favor, Harb —dijo, apenas vio en la pantalla la cara del policía.
—Si está en mi mano, dalo por hecho —accedió Harber—. ¿De qué se trata?
—Verás... —Kell reflexionó un momento y decidió empezar por los dos tipos que le habían visitado la víspera. Relató el incidente a su amigo y concluyó—: Imagino que querrás los nombres, Harb.

—Qué cosas tienes, Drue. Vamos, suéltalos ya.
—Bien, dijeron llamarse Tino Chinn y Macy Ogquist.
—¡Caramba! —resopló el policía.
—¿Qué te sucede, Harb? ¿Acaso los conoces?
—¿Que si...? Vamos, Drue, ¿cómo diablos te has relacionado con esos fulanos?
—Yo no me he relacionado con ellos; son ellos los que se han relacionado conmigo. Pero, ¿qué diablos hacen?
—Como hacer, no se puede decir que hagan mucho —respondió el policía con sorna—. Pero me extraña que el todopoderoso millonario Lane Van Der Bruss tenga alguna relación con un simple, aunque excelente, dibujante.
—Yo no tengo relación de ninguna clase con Van Der Bruss —protestó Kell—. Son ellos, sus amigos, los que vinieron a verme.
—No son amigos, Drue, sino empleados. Para puntualizar, sus guardaespaldas.
—¡Rayos! Tenían todo el aspecto de forajidos.
—Lo que son —suspiró el policía—. Bien, ¿y qué te dijeron?
—Poca cosa. Sólo me dieron la orden de olvidar a una tal Sylvia Tarryth. Y es precisamente todo lo contrario lo que yo quiero hacer.
—¿Para qué, Drue?
—Pues... para encontrarla, Harb —gruñó Kell—. Tú puedes ayudarme, ¿verdad?
—Hombre, haré lo que pueda, pero debes tener en cuenta que también he de hacer otras cosas.
—Sí me lo imagino, pero eres mi amigo, ¿no?
El policía se echó a reír.
—Haré lo que pueda Drue —contestó—. Pero, dime, ¿tanto interés tienes en esa chica?
—No lo sabes bien, Harb. Es la mujer más hermosa del mundo —contestó Kell apasionadamente.
—Muchas gracias, señor Kell —dijo Sylvia en aquel momento.

* * *

Kell volvió la cabeza muy despacio. Sin darse cuenta siquiera, cortó la comunicación.
Aguantando la respiración, contempló a Sylvia, parada en el centro de la sala. Ella le miraba con suave sonrisa.
—¿De veras le parezco la mujer más hermosa del mundo, señor Kell? —preguntó Sylvia.
Kell tragó saliva. Ella había cambiado de vestuario, pero las ropas que llevaba puestas ahora no eran menos audaces y elegantes que las de la víspera. Y la figura continuaba siendo sensacional.
Sonrió.
—Ya ve, señorita; lo he dicho creyéndome solo en casa, de modo que no se puede achacar a adulación. —De pronto se puso en pie—. ¿Quiere tomar algo? —ofreció.
Sylvia hizo un gesto negativo.
—Gracias, por ahora, no —contestó—. Señor Kell...
—Drue para usted, Sylvia; y dígame, ¿cómo ha entrado en la casa?
—La puerta estaba entreabierta.
—Ah, qué descuidado soy. ¿Y cómo ha encontrado el piso?
—La guía telefónica —explicó ella, sin dejar de sonreír.
—Muy bien, ya lo sé todo..., menos los motivos de su estancia aquí.
—Es bien sencillo, Drue. Ayer le pedí un favor.
—Ah, sí, lo recuerdo. Oiga, Sylvia no irá a decirme que ha venido solamente para pedirme que le indique dónde está la calle Morris-Wynn.
Ella sonrió hechiceramente.
—Por eso estoy aquí, Drue.
—De lo cual me alegro infinito, Sylvia. Bueno, pediré a información que me conecte en la pantalla el plano de la ciudad...
Sylvia alzó una mano.
—Es que me gustaría que me acompañase usted en persona —manifestó.
—¿Yo? ¿Por qué?
—¿No confía en mí, Drue? —preguntó ella, dulcemente.

—Oh, por supuesto que sí. Y ahora mismo iremos a la calle... Espere un momento, Sylvia. —Dígame, Drue.
—Ayer la persiguieron a usted dos tipos.
—Lo recuerdo perfectamente, Drue.
—Pero usted tiró algo al suelo y evitó la persecución de una manera fantástica, por no saber calificarla de otro modo.
Sylvia exhaló una corta carcajada.
—Ya se lo explicaré en otro momento —contestó—. ¿Vamos?
Momentos después, se hallaban en el sótano de la casa donde residía Kell y en el que se hallaba su coche. Kell ayudó a Sylvia a ocupar su puesto y luego él se sentó en el suyo. Dio la llave de contacto y empuñó la palanca de mando, empujándola suavemente hacia adelante.
—Curioso —dijo Sylvia—. ¿Cómo se mueve el coche, Drue?
—Electricidad irradiada —contestó él—. Para que la energía se transmita al motor de un vehículo ya no son necesarios los cables, como antiguamente.
—Ah, muy interesante —comentó ella—. En mi país, los coches se mueven por otra clase de energía, no menos efectiva por supuesto.
Salieron a la calle. La misma palanca servía de timón de dirección y Kell orientó el vehículo hacia la ruta deseada.
—La marcha es muy suave —observó ella.
—El pavimento y las ruedas del coche. Ahora son macizas. Antes eran cámaras de goma huecas, con aire a presión en su interior —explicó Kell.
—¿Y ya no las usan así?
—No. Los coches proliferaron tanto, que un día se llegó a temer que toda la atmósfera acabaría encerrada en las cámaras de las ruedas, por lo que la Humanidad corría el riesgo de morir por asfixia. Claro, se inventaron las ruedas macizas, mejor dicho, se reinventaron...
Sylvia y Kell se miraron y rompieron a reír.
—Era sólo un chiste —dijo él—. Y a propósito, Sylvia, ¿de qué país es usted, donde, al parecer, se utiliza otra clase de energía?
—Soy de Straylan, Drue —contestó la joven.

—Straylan..., Straylan... —repitió—. ¿Dónde he oído yo este nombre antes de ahora?
—Aguarde, aguarde, todavía no he terminado. Sylvia ¿cuáles son sus relaciones con un tal Lane Van De Bruss?
Ella se puso muy seria.
—¿Por qué me lo pregunta? —quíso saber.
—Por la sencilla razón de que poco después, los tipos que quisieron atacarla a usted, estuvieron en casa...
Kell relató el incidente por segunda vez. Al terminar Sylvia pareció quedarse muy preocupada.
—Dice que le arrojaron un gas narcótico a la cara le ordenaron olvidarme —murmuró.
—Así fue, Sylvia. Desde luego, el narcótico me privo de todo movimiento durante unos minutos, aunque no de la consciencia en ningún instante. Sin embargo hubo un pequeño espacio de tiempo en que me vi forzado a responder afirmativamente. Pero no la olvidé, ni mucho menos, como ellos pretendían.
—Es curioso —dijo Sylvia—. Ese gas debería haberle hecho efecto para siempre, sólo en lo referente a mí claro...
—¿Cómo? ¿Acaso conoce usted los efectos de ese gas?
—Sí, Drue —respondió ella sorprendentemente—. Y créame, estoy muy extrañada de que con usted no haya servido para nada. ¿Por qué será Drue?
El joven se encogió de hombros.
—No tengo la menor idea —respondió—. Bueno, ¿vamos a la calle Morris-Wynn?
—Sí, cuando guste.

CAPÍTULO IV

Los ojos de Flora Goodwin contemplaron con aprensión a la pareja de sujetos que acababan de entrar en el despacho.
—Aquí se formulan inscripciones para el viaje a Straylan —dijo Tino Chinn.
—Sí señor... —contestó Flora, procurando componer la figura —. Si tienen la bondad de darme sus nombres...

—No es necesario —cortó Ogquist secamente—. ¿Dónde está el director de la agencia?
—Son dos, los señores Bannion y CassinÍ. Les anunciaré su visita.
—No será necesario, preciosa —aseguró Chinn—. Vamos, compañero.
Los dos individuos se dirigieron hacia la puerta señalada con el rótulo de PRIVADO. Chinn abrió y entró resueltamente.
Ogquist le siguió en el acto. Llena de curiosidad Flora conectó el interfono.
—Hola, caballeros —saludó Bannion—. ¿En qué puedo servirles?
—Ustedes son los que organizan el viaje a Straylan —dijo Ogquist.
—En efecto. Yo soy...
—No me interesa quién sea usted —interrumpió Ogquist secamente—. ¿Preparado, compañero?
—Desde el primer momento —respondió Chinn. Bannion y Cassini contemplaron con curiosidad a los visitantes. La curiosidad se trocó en pánico cuando vieron que cada uno de los visitantes sacaba una especie de porra delgada y alargada, como de unos sesenta centímetros de longitud.
Las porras empezaron a moverse en el acto. Aterrada, Flora oyó una serie de atroces ruidos, ayes de dolor, maldiciones, juramentos de todas clases, crujidos de muebles astillados y estallidos de vidrios rotos.
El terror paralizó durante unos momentos a la joven. Cuando quiso reaccionar para llamar a la policía, Chinn y Ogquist salían ya del despacho, con el aire satisfecho del que ha hecho un buen trabajo.
Ogquist se acercó a Flora y la barbilleó descaradamente.
—Nena, un buen consejo; esta agencia acaba de ser clausurada, así que búsquese otro empleo.
Flora tardó unos momentos en reaccionar. De pronto, alguien la llamó por el interfono.
—Flora... —dijo una voz desmayada.
—Sí, señor Cassini...

—Soy Bannion —manifestó el aludido, esta vez sin mostrar enojo—. Tráiganos algo de beber; aquí han quedado todos los frascos rotos.
Cuando Flora entró en el despacho creyó que había pasado un ciclón. No había un solo mueble sano, las ropas de los dos socios estaban destrozadas y ellos estaban llenos de golpes y contusiones diversas.
El aspecto de la pareja era lastimoso. Haciendo un esfuerzo, Cassini sacó un puñado de billetes y se lo entregó a la joven.
—Tome, Flora; hemos ce..., cerrado la agencia —dijo.
Ella asintió pensativamente. ¿Qué iba a ser del pobre señor Gómez, que esperaba con tanta ansia regresar a Straylan? De pronto, se le ocurrió que tenía que decírselo. Gómez se alojaba, había dicho, en el Graypole.
Iría a verle, decidió en aquel mismo momento.

* * *

—¡Ya lo tengo! —gritó Kell, de pronto.
—¿Qué es? —preguntó Sylvia.
—¡Straylan! Lo leí ayer mismo en el diario. Hay una agencia que organiza viajes a ese planeta.
—¿De veras, Drue?
—Absolutamente seguro —contestó él—. Precisamente tenía el periódico con el anuncio en las manos cuando la conocí a usted.
—Es curioso. —murmuró—. Nunca creí que hubiese en la Tierra gentes capaces de encontrar la ruta estelar para llegar a Straylan.
—Hombre, cuando alguien anuncia una cosa semejante, es que está seguro de realizarlo, ¿no cree?
—Sí, claro.
—No parece muy convencida, Sylvia.
—Drue, es que lo encuentro extraño. Desde la Tierra se organizan viajes a los planetas habitados con los que se ha entablado relaciones amistosas. Pero, que yo sepa, el gobierno de la Tierra no tiene aún relaciones de ninguna clase con

Straylan.
—Bueno, puede que sea extraño, pero yo no estoy muy al corriente de la política extraplanetaria. Le digo solamente lo que sé, Sylvia.
—Por supuesto, Drue. Bien, este es un asunto que puede esperar. Hay otro que corre más prisa. —La calle Morris-Wynn.
—Sí, Drue.
—No tardaremos mucho en encontrada. Ya estamos llegando a Sub-Hallymore 2.
Momentos después pasaban junto a un gran grupo de gente que contemplaba un solar vacío. Un poco más adelante vieron algunas casas a las que les faltaba la fachada y también otros dos solares cuyo suelo era absolutamente liso.
—Ya está —dijo Sylvia—. Ya se ha producido.
—¿Cómo? —preguntó Kell.
Sylvia apretó los labios.
—Tengo que ir al número seiscientos diez de la calle Morris-Wynn —contestó evasivamente.
Kell guardó silencio. Momentos más tarde se detenía frente al jardín de una casa de grandes dimensiones y lujoso aspecto.
El jardín era asimismo grande y muy bien cuidado. Una pequeña valla de mampostería señalaba los límites.
Junto a la entrada había un pequeño poste con el buzón para la correspondencia. En el frontis de la caja del buzón se leía un nombre:

L. VAN DER BRUSS

Kell pegó un respingo.
—¡Sylvia!
—¿Qué te pasa Drue?
—El dueño de la casa... ¿Lo conoce usted?
—No se puede hablar de conocimiento de una manera estricta —contestó ella—. Pero efectivamente se quién es.
—Quizá ignora la personalidad de los tipos que perseguían ayer en el parque y que quisieron que y la olvidase a usted.
—¿Por qué dice eso Drue?

—Sylvia son guardaespaldas de Bruss.
Ella guardó silencio unos momentos. Luego se encogió de hombros.
—Bueno eso es algo que yo no puedo evitar. Dru ¿querrá esperarme un poco?
—Con mucho gusto —accedió él a la vez que saltaba del coche para ayudarla a apearse.
Kell permaneció contemplando a la muchacha, que caminaba con gracia singular, hasta que la vio desaparecer en el interior de la residencia. Luego se preguntó cuál era el mejor método para entretener la espera.
—A cincuenta pasos de distancia vio la muestra de un bar. Momentos después, se sentaba en un taburete ante el mostrador.
—Un café con algunas gotas de coñac —pidió.

* * *

Pedro Gómez parpadeó al ver a Flora en la puerta de su cuarto.
—Se… señorita Goodwin —dijo.
Flora le dirigió una hechicera sonrisa, a la vez que le tendía la mano.
—¿Cómo se encuentra, señor Gómez? ¿Puedo pasar? Tengo que decirle algo importante —manifestó.
—Oh, claro, claro —accedió el hombrecillo de inmediato—. Entre, por favor.
Flora cruzó el umbral, haciendo ondular insinuantemente sus caderas de generosos contornos. Pasó junto a Gómez y comprobó que la frente del hombre le llegaba apenas a la nariz.
—U... usted dirá, señorita —habló Gómez.
—Se trata de su viaje a Straylan —manifestó Flora, lanzando un suspiro, que dilató de manera increíble su busto de amplios contornos—. Temo que se va a llevar un chasco.
—¿Chasco? ¿Qué significa eso? —preguntó Gómez.
—Decepción, amigo mío. La agencia ha sido clausurada y todos los compromisos cancelados.
—Oh —murmuró el hombrecillo. Desanimado, se sentó en un

diván.
—¿Y cómo vuelvo yo ahora a Straylan? —murmuró. Flora se sentó a su lado.
—Señor Gómez, tengo que confesarle una cosa: Straylan jamás ha existido.
El hombrecillo pegó un salto.
—¡Señorita Flora! ¿Cómo puede decir eso, si soy de Straylan y he llegado precisamente de allí?
—Pero le juro que es verdad. Fue una invención aquel par de pícaros para sacar dinero a los incauto A la gente le ha dado la moda por viajar a los planetas cuanto más fantásticos, mejor; aquí gusta mucho lo de ir a un mundo lejano, distinto del nuestro en todo, con animales raros y cosas exóticas. A Bannion y Cassini se les ocurrió la idea de montar una agencia de viajes y eso es todo.
—No..., no lo entiendo —dijo Gómez desconcertado.
—Pues es bien sencillo. Los clientes iban, pagaban sobre cinco mil dólares de anticipo y se les decía que a la semana siguiente estaría lista la astronave, cosa que no es cierta. Ellos sólo querían cien «pasajes» para Straylan, lo que iba a dar medio millón de dólares de beneficios.
—Eso significa que se han quedado con mi dinero.
—Justamente. Lo siento, señor Gómez, usted me ha caído enormemente simpático —declaró la rubia—. Yo… lamento lo que le ha ocurrido, pero si quiere, le devolveré de mi peculio parte de su dinero. No es mucho, esos granujas me han dado unos dos mil dólares...
Flora intentó abrir el bolso, pero Gómez la rechazó suavemente.
—El dinero no me preocupa —dijo con una sonrisa de gratitud —. Lo que me preocupa es la vuelta a Straylan.
Flora elevó los brazos al cielo.
—¡Y dale! —exclamó—. Señor Gómez...
—Pedro, por favor —rogó él suavemente.
—Está bien, Pedro. ¿Cómo he de decirle que Straylan no existe?
Bruscamente, Gómez agarró las manos de Flora y la miró

fijamente al fondo de los ojos.
—Flora, yo soy straylanita. Tengo que volver allí, ¿comprende? Usted podría ayudarme, si quisiera...
—Oh, claro que sí, Pedro —contestó ella—. Le ayudaré, aunque no sé cómo, a decir verdad.
«Debo seguirle la corriente —pensó—. Pero es tan simpático.»
Le miró con ternura. No fue él, sino ella, quien rodeó con el brazo unos hombros masculinos. La cabeza de Gómez fue atraída hacia el cálido y prominente seno de Flora, en el que él se apoyó ronroneando como un gato satisfecho.
—Flora —dijo al cabo de unos segundos.
—¿Sí, Pedro?
—Estoy seguro de que en Straylan no habría encontrado nunca una mujer tan cariñosa como tú.
—Eso lo hace la simpatía que tú me inspiras —dijo ella.
—Sí, eres muy buena conmigo. Pero me ayudarás a volver a Straylan.
—Si tanto te empeñas... Aunque no sé por dónde empezar, la verdad sea dicha, Pedro.
—¿No conoces a nadie en la Tierra que pueda proporcionamos dos pasajes?
—Hombre, dicho así de pronto… Pero podríamos ir a ver a alguien que tal vez nos serviría de gran ayuda.
—¿Quién es, Flora?
—Se trata de un pariente mío, primo en segundo grado, muy buen dibujante, por cierto. ¿Te parece bien que vayamos a verle?
Gómez se puso en pie de un salto. —Vamos, Flora —aceptó entusiasmado.
Los dos quedaron un momento frente a frente. Como ponían una pareja un tanto extraña, Flora más alta que él, rubia y de formas exuberantes, y Gómez menudo, casi calvo y con mirada de miope, a pesar de sus antiparras.
De pronto, Flora agarró la cara de Gómez con ambas manos y la atrajo hacia sí para besarle.
—No sé que me has dado, pero creo que he enloquecido por ti —suspiró ardientemente.

Alguien tosió de pronto, interrumpiendo con gran inoportunidad el tórrido abrazo de la pareja.
—¡Ejem, ejem! —dijo una voz de hombre—. Perdonen la indiscreción, pero he venido para llevarme al señor Xprrqwwzqrs a Straylan.

CAPÍTULO V

El café con coñac estaba muy bueno. Satisfecho, Kell se sentó en el coche para esperar más cómodamente a Sylvia y, a fin de pasar mejor el tiempo, encendió un cigarrillo.
Transcurrieron algunos minutos.
De pronto, vio venir a un hombre por la acera. Frunció el ceño. Era Tino Chinn.
Kell llevaba una vieja revista en el asiento posterior y la cogió para ponérsela ante la cara. Por encima del borde superior, contempló la aproximación del guardaespaldas.
De repente, cuando Chinn llegaba ya a la puerta del jardín, otro hombre apareció caminando en sentido opuesto.
—Eh, tú —llamó con voz de tonos irritados.
Chinn se volvió. Kell lo vio ponerse espantosamente pálido.
Volvió la cabeza para averiguar los motivos de la palidez de Chinn y se quedó atónito.
El segundo individuo era una reproducción exacta del propio Chinn.
¿Se trataba de dos hermanos gemelos?
—Tienes que irte de aquí —dijo Chinn 0—. Estás ocupando un puesto que no te pertenece.
—Eres tú quien debe irse —aseguró fríamente Chinn 1—. Y si no te marchas...
—Esta clase de problemas tiene una fácil solución —afirmó Chinn 0.
Y sacó una pistola de tipo antiguo, pero terriblemente efectiva.
¡Pam; ¡Pam! ¡Pam!
Sonaron tres disparos muy seguidos. Los ojos horrorizados de Kell vieron aparecer tres sangrientos orificios en el pecho de

Chinn 1.
Se oyó el golpe sordo de un cuerpo humano al chocar contra el suelo. Casi en el acto, Kell percibió otro sonido análogo.
Los pelos se le pusieron de punto. Chinn 0 yacía también en el suelo, con el pecho agujereado de la misma manera que su doble.
Sonaron algunos gritos en las proximidades. Kell no sabía qué hacer.
Sylvia salió corriendo de la casa. —¡Drue! —gritó.
Dos o tres hombres corrían detrás de la joven. Uno de ellos era grueso, menudo y de abundante pelo rojizo, del color de la zanahoria.
Sylvia llegó junto a la acera, vio a los hombres tendidos en el suelo, casi tocándose por los pies, y estuvo a punto de desmayarse.
Alguien lanzó una maldición. A lo lejos se oyó una sirena policial.
—La que se va a armar —dijo Sylvia, cuando se hubo rehecho un poco.
Kell se situó a su lado.
—Pero, ¿se puede saber lo que pasa? —preguntó, tremendamente desconcertado.
—Ya se lo diré luego —contestó ella en voz baja—. Ahora limítese solamente a contar lo que ha visto.
—Está bien —respondió Kell, dispuesto a enfrentarse con los policías.

* * *

Gómez y Flora se separaron al oír la voz del recién llegado.
—¿Quién es usted? —preguntó el primero.
—Emil Vroot —contestó sonriendo el recién llegado—. ¿Tengo el honor de hablar con el señor Xprrqwwzqrs?
Hubo un momento de silencio.
Flora y Gómez contemplaban al recién llegado, un sujeto de estatura más que regular, hombros poderosos y cráneo completamente mondo. Debajo de unas cejas muy espesas,

asomaba una prominente nariz de trazos ganchudos.
—Ese es mi nombre, aunque prefiero usar el de Gómez —respondió el hombrecillo finalmente.
—En ese caso, no hay duda. Usted es el tipo a quien busco.
—¿Para llevarme a Straylan?
—Sí, señor.
Gómez frunció el ceño.
—No estoy muy seguro de que diga la verdad, señor Vroot.
El calvo se impacientó.
—Verdad o no, tiene que venirse conmigo —gruñó.
—Aguarde un momento —pidió Gómez.
Metió la mano en el bolsillo y sacó un aparatito del tamaño de un paquete de cigarrillos, del que extrajo una antenita que se desplegó en cuatro ramas por sí mismo. —A ver, repita lo que ha dicho antes, señor Vroot —pidió.
El calvo suspiró.
—He dicho que he venido aquí para llevármelo a Straylan —dijo, simulando armarse de paciencia.
—¡Miente! —gritó Gómez.
—Oiga, le digo que...
—¡Fuera, embustero! Usted es un falsario y yo no le acompañaría ni a la esquina a comprar el periódico.
Vroot se hartó y agarró el brazo izquierdo del hombrecillo.
—Está bien, basta de discusiones, macaco —rezongó—. Le guste o no, se va a venir conmigo...
Una mano le tocó en el hombro. —Oiga, amigo —dijo Flora.
—¡Apártate, gorda! —masculló Vroot.
Flora se indignó.
—¡Gorda! ¿Gorda yo? —resopló.
Tenía el bolso en la mano y golpeó con todas sus fuerzas.
Vroot lanzó un aullido. El impacto fue recibido de lleno por su nariz y, como consecuencia, los ojos se le llenaron de lágrimas.
Pero la ira de Flora no se había disipado del todo con aquel golpe. Alzó la mano derecha, ahora sin bolso, y propinó a Vroot una espantosa bofetada que le hizo dar dos vueltas sobre sí mismo.
Vroot lanzó un rugido de ira. Flora estaba ya desmelenada y le

arreó un tremendo puntapié en una de las espinillas. El calvo empezó a dar ridículos saltos a la pata coja en torno a la habitación.
—¡Mira que llamarme gorda! —decía Flora, cuya cólera no se aplacaba todavía.
Gómez contemplaba embobado la reacción de la joven. Por un momento, pareció que Vroot iba a rehacerse, pero, de pronto, el brazo de Flora se disparó rectamente.
Al extremo del brazo iba un puño cerrado, que entró en contacto con un ya resentido apéndice nasal. Vroot lanzó un rugido y cayó con los pies por alto sobre un diván.
—Ya tiene bastante —dijo Flora, con el pecho sumamente agitado por una entrecortada respiración—. ¿Vamos, Pedrín?
—Sí, querida —contestó el hombrecillo, embobado por el aire resuelto de aquella amazona con faldas.
Flora agarró la mano de Gómez y tiró de él hacia la salida.
Momentos después, estaban en el coche de la joven.
—Oye, Pedrito —dijo ella—, ¿qué diablos de cacharro es ése que te ha permitido saber que Vroot era un mentiroso?
Gómez soltó una risita:
—Pues eso precisamente, querida: un detector de mentiras —contestó, ante el asombro de la opulenta rubia.

* * *

—Sylvia, tiene usted que explicarme muchas cosas...
—Ahora no, por favor —atajó ella rápidamente.
Kell se dio cuenta de que la joven estaba bastante trastornada y no quiso insistir. Le pareció que en el estado de Sylvia había algo más que las extrañas muertes producidas ante la casa de Van Der Bruss.
—La llevaré a mi casa, si no tiene inconveniente —sugirió.
—Sí, muchas gracias, Drue.
Los trámites con la patrulla habían sido relativamente rápidos, aunque les habían citado para declarar en otro momento más extensamente en la Jefatura de Policía. Los dos se acomodaron en el coche y momentos después, emprendían el

regreso.
Entraron por la puerta que daba al garaje subterráneo y tomaron el ascensor que conducía a los pisos. Una vez en casa, Kell preparó dos copas y entregó una a la joven.
—¿Y bien, Sylvia?
—Verá, Drue, hay mucho que contar…
¡Ding, dang!
Kell torció el gesto.
—¿Quién será el importuno que viene a molestarme ahora? —masculló.
Dejó la copa a un lado y se dirigió hacia la entrada. Abrió la puerta y vio a una hermosa rubia, de vistoso aspecto, con un esmirriado hombrecillo colgado de su brazo derecho.
—Hola, primo Drue —saludó Flora—. ¿Cómo te encuentras? ¿Conoces a Pedro Gómez?
—¡Atiza! Pero si es...
—La misma que viste y calza, Drue; la hija de Ray y Martine Goodwin. Martine era prima hermana de tu madre, ¿recuerdas?
—Pues claro que sí. Oh, perdona, Flora. Entren, entren, se lo ruego, —invitó Kell con una cortesía que solo era exterior.
—Gracias, Drue. Pedrín, éste es mi primo Drue.
—¿Cómo está usted? —saludó Gómez educadamente.
—Encantado. ¿Quieren tomar algo? Ah, permítanme que les presente a la señorita Sylvia Tarryth.
—¿Que tal? —dijo Sylvia.
Gómez miró a la joven por encima de las antiparras.
—A usted me parece que la conozco yo, señorita —dijo.
—Sí —murmuró Sylvia desganadamente.
Flora intervino de nuevo con su desparpajo habitual. —Oye, Drue, ¿no nos invitas a un trago? ¿Qué prefieres, Pedrito?
—Gracias, nena, pero yo no bebo —respondió Gómez, sin dejar de mirar fijamente a Sylvia.
—Yo, sí, cariñito. Anda, Drue, échame una dosis de lo mismo que vosotros.
Kell estaba un poco sorprendido y hasta disgustado por la intempestiva llegada de su prima.
Flora lo notó y soltó una risita.

—Te desagrada que haya venido ¿verdad? Ya sé que no disfruto de muy buena fama entre la familia, pero, qué quieres a una le gusta vivir su vida. ¿No le parece a usted, señorita Tarryth?
Sylvia contestó con una sonrisita de circunstancias.
Flora se echó un buen trago del vaso que Kell acaba de entregarle y luego se encaró de nuevo con su primo. —Drue, tengo que pedirte un favor. Ah, dinero no, por supuesto. Se trata de Pedrín, ¿comprendes?
—Observo que existe una gran confianza entre ambos —dijo Kell—. ¿Qué tiene, minas de diamantes?
—No seas mal pensado, Drue. Pedrito es ingeniero de cerebros y está en un apuro.
—Ingeniero de cerebros —resopló el joven.
—Así es, señor Kell —confesó Gómez.
—Bueno, si usted lo dice... ¿Cuál es su apuro y por qué creen ambos que yo puedo solucionárselo?
—Verás, Drue, Pedrito tiene que hacer un viaje y...
Bueno, yo he trabajado unos días para unos estafadores —confesó Flora, sonrojándose un tanto—. A Pedrito le timaron unos miles...
—Cinco mil —puntualizó Gómez.
—Tengo un amigo en la Policía —dijo Kell.
—No se trata de denunciarlos; no sacaríamos gran cosa —declaró Flora—. Lo que queremos es que nos ayudes a buscarle un pasaje para Straylan.
—¡Straylan! —gritó Sylvia.
Kell se sorprendió de la exclamación de la joven. Gómez se volvió hacia ella.
—Así es, señorita. Yo quiero regresar a Straylan y Flora me ha traído a casa de su primo, para ver si me ayudan a conseguir el pasaje de vuelta.
—Es curioso —manifestó Sylvia sorprendentemente—. Yo también soy de Straylan.

CAPÍTULO VI

Flora se echó al coleto de un solo golpe el resto del contenido de su vaso. Luego tendió la mano hacia Kell. —Dame otro trago, Drue —dijo—. Lo estoy necesitando.
—De modo que usted es de Straylan, ¿eh? —sonrió Gómez.
—Así es —confirmó Sylvia, sonriendo también.
—Por eso me parece que su cara me es conocida.
¿No es usted la hija de Tryxxvnnmws y Hnbwsljhwwcs?
—En efecto, señor Gómez. ¿Cómo lo ha sabido usted?
—Muchacha, yo fui compañero de estudios de tu padre. Claro que él iba ya en el último curso, a punto de graduarse en Física Luminocinética y yo acababa de ingresar, en la misma Hiperuniversidad. De ahí nuestra ligera diferencia de edad... y el que entonces tu contabas unos doce años.
—De eso hace otros tantos —sonrió Sylvia—. ¿De modo que estudiaron en la Hiperuniversidad de Khrrqfgnscs? .
—Allí estudiábamos, en efecto. Muchacha, qué cambiada estás... para mejor, claro. De momento, no te conocía, pero luego he podido darme cuenta de que eres el vivo retrato de tu madre. Era una mujer guapísima..., bueno, seguirá siéndolo, me imagino.
—Se conserva bien, en efecto, doctor..., perdón, hiperdoctor.
—Es igual muchacha, es igual. ¡Mira qué casualidad, encontrarme en la Tierra con una paisana! ¿No te parece admirable, Flora, cariño?
Flora estaba sin habla, lo mismo que Kell. El joven fue el primero en reaccionar, sin embargo.
—Por favor —dijo—, esos nombres tan raros, con tantas consonantes...
Gómez se echó a reír.
—Son los nombres que se emplean en el lenguaje straylanita —contestó—. Yo mismo me llamo Xprrqwwzqrs, pero he preferido adoptar en la Tierra un nombre menos complicado.
—El mío es Vxrrtsklmnddcs —dijo Sylvia.
—Pero bueno, si Straylan es sólo una invención de dos granujas —explotó Flora.
—Straylan existe —afirmó Gómez—. Lo que no entiendo es

cómo se les ocurrió ese nombre para organizar su estafa.
—Vete a saber —murmuró la rubia pensativamente—.
Se les ocurrió por casualidad y es un nombre de fácil pronunciación. Sin embargo, nunca llegaron a imaginarse que su ficción se convirtiese en realidad.
—Es probable que sea así, Flora —convino Kell—, pero de lo que no cabe ninguna duda es de que yo no puedo proporcionar ningún pasaje para Straylan al doc... al hiperdoctor Gómez.
—Un momento —dijo el aludido.
Metió la mano en el bolsillo y sacó su detector de mentiras.
—Repita eso que acaba de decir, señor Kell —pidió.
—No puedo conseguirle ningún pasaje para Straylan —dijo Kell.
Gómez hizo un gesto de asentimiento.
—Dice la verdad —manifestó, vuelto hacia Flora.
—Mi primo no te mentiría, Pedrín —aseguró la rubia.
—¿Tiene usted mucho interés en regresar a Straylan? —preguntó Sylvia.
—Imagínese. Anda por ahí suelto un loco capaz de cometer un serio desaguisado, sino se le ata a tiempo. Me refiero a Hgpnmbsxxrqcs, por supuesto.
—¡Lane Van Der Bruss! —exclamó Sylvia.

* * *

—Si no me explican con toda claridad lo que sucede, yo me voy a volver loco —refunfuñó Kell—. Sylvia, por favor...
—Un momento, Drue —rogó la muchacha—. ¿Cómo ha llegado usted a la Tierra, hiperdoctor?
—En una cápsula de traslación cuasiinstantánea, pero se me destruyó en el aterrizaje. Por poco si me rompo yo la cabeza. ¿Y tú?
—Yo vine por el otro camino, usted ya sabe cuál es.
—Sí, claro, pero no me atreví a usado, temeroso de que Bruss me pusiera inconvenientes. ¿Te los ha puesto a ti?
—Quiere devolverme a Straylan. Teme que yo estropee sus proyectos.

Flora y Kell estaban atónitos a causa de lo que escuchaban. Gómez meneó la cabeza y dijo:
—Bruss es un mal bicho. Si no lo paramos a tiempo, armará una de las gordas. Por eso quería yo volver pronto a Straylan.
—Y cerrarle la entrada de la_ otra ruta que él tiene abierta allí.
—Sí, justamente.
—Va a resultar difícil —vaticinó Sylvia—. La única manera sería utilizando una cápsula de traslación cuasiinstantánea, pero yo no tengo ninguna. Aunque sé dónde hay una, claro.
—¿Dónde? —preguntó Gómez ávidamente.
—En casa de Bruss, claro. Es hombre que no descuida las precauciones y se trajo una de esos aparatos para cubrir cualquier eventualidad.
—Resulta lógico, claro.
—Pero me temo que no podremos conseguir la cápsula —dijo Sylvia desanimadamente—. Está muy vigilada por sus gorilas.
—¿Gorilas? —repitió Gómez, extrañados.
—Guardaespaldas —aclaró Flora.
—Bien —intervino Kell—, pero antes de que sigan adelante con tan interesante como incomprensible diálogo, me gustaría que explicasen cuáles son las posibles catástrofes que puede desencadenar Bruss.
—En realidad, lo ha hecho ya —afirmó Sylvia—. ¿No ha visto usted los desperfectos que se han producido en Sub-Hallymore 2? ¿No ha visto cómo dos hombres se mataban a tiros?
—Delante de mis narices —rezongó el dibujante—. Pero sólo uno de ellos disparó.
—Porque fue como disparar contra un espejo que permitiese la animación corpórea de la imagen reflejada. Si usted lo hiciera, también moriría.
Kell parpadeó.
—A ver, Sylvia, explíquese un poco mejor.
—Los dos Chinn eran dos y uno solo. Uno de ellos, por supuesto, era el terrestre. El otro era una duplicación perfecta, que ocupaba su puesto, porque de haber seguido el terrestre junto a Bruss, no habría obedecido las órdenes de éste, ya que el actual Bruss no es el auténtico Bruss, sino la imagen

reflejada en el supuesto espejo de animación corpórea.
Flora se desplomó sobre un sillón.
—Si esto no se aclara pronto, me veo en el manicomio —gimió.
—Creo que empiezo a entender un poco las cosas —dijo Kell —. Los dos hombres eran, puede decirse, dos seres exactamente iguales, pero con cerebros distintos.
—Eso es —confirmó Sylvia.
—Pero, bueno, ¿cómo lo han conseguido?
—Bruss necesitaba ocupar el puesto del auténtico Bruss, incluso con sus guardaespaldas. Hubo una acción de duplicidad, duplicación, estaría mejor dicho, y así aparecieron los que son como los terrestres, pero que son straylanitas.
—Sí, voy comprendiendo. Pero, ¿por qué duplicar precisamente a Bruss y no a otro terrestre cualquiera? —Porque en la casa de Bruss está otra de las entradas del camino que conduce a Straylan, y que permite el viaje de Straylan a la Tierra, claro.
Kell se quedó con la boca abierta.
—Sylvia, que son cuatrocientos treinta y tres años luz —exclamó.
—Oh, eso no importa —dijo ella con cierta displicencia—. Esa distancia es la astronómica, pero no en sí la distancia real. Mi padre te lo explicaría mejor puesto que es profesor de Física Luminocinética. Bástate saber, sin embargo, que en el repliegue del continuo espaciotemporal, la Tierra y Straylan son dos astro gemelos, muy parecidos entre sí, con las inevitables peculiaridades derivadas más bien de la idiosincrasia de sus respectivos habitantes. Ambos planetas coexisten e distintos planos temporales, pero contiguos, no sé si lo entenderás.
—Lo único que entiendo es que Straylan es otra Tierra —dijo Kell, desconcertado.
—Muy atinado —intervino Gómez—. Otra Tierra, es lo que es Straylan, y el paralelismo de la continuidad espaciotemporal es lo que permite, con los debidos medios, el viaje instantáneo de uno a otro planeta, pasando de un plano espaciotemporal a otro y viceversa.
Flora tenía la cara tapada con las manos. —Pedrín —dijo, casi

llorando—, ¿cuántos años nes?
—Pues ... —contestó Gómez algo extrañado—, cuarenta y uno. Pero parezco mayor, porque tengo un aspecto no demasiado atrayente, la verdad.
—Tienes catorce años más que yo —dijo Flora—. ¿posible que hayas aprendido tantas cosas en tan corto espacio de tiempo?
Gómez se echó a reír.
—Como tú no las has estudiado, están fuera de tu alcance —contestó—. Pero si te dedicases al estudio...
—¡No! —protestó Flora a voz en cuello—. Enloquecería, créeme.
—Está bien —cortó Kell—. Quedamos en que Bruss tiene unos proyectos nada gratos y que es preciso evitar que los lleve a cabo. Eso sólo se conseguiría si el hiperdoctor...
—Pedro, por favor —rogó el aludido.
—De acuerdo, Pedro. Para frustrar los planes de Bruss es preciso ir a Straylan y destruir la entrada que tiene allí.
—Sí, justamente —confirmó el hombrecillo.
—Pero usted sólo puede ir en una cápula de traslación cuasiinstantánea que posee Bruss.
—Eso es, Drue.
—Muy bien. En tal caso, sólo queda una solución: iremos a casa de Bruss y nos apoderaremos de la cápsula.
—¿Los cuatro? —preguntó Flora.
—Era un decir. Iré yo solo.
—Espere, Drue —dijo Silvia—. Usted no sabe manejar el aparato. Yo le acompañaré. Mientras, Pedro y Flora pueden aguardamos aquí.
—No es mala idea —aprobó la rubia—. Así como así, estoy llevando unos días de jaleo que, si no se acaban pronto, me dejarán en los huesos.
—Pues no creas que no te convendría perder unos cuantos kilos —dijo Kell sonriendo.
Flora le amenazó con tirarle el bolso a la cabeza, pero Gómez le agarró la mano a tiempo.
—Nena, a mí me gustas tal como eres —dijo cariñosamente—. No te preocupes por tu silueta, cariño.

Kell y Sylvia intercambiaron una mirada de extrañeza. La joven interrogó a Kell en silencio, pero él le respondió con un gesto que significaba que no entendía nada en absoluto.
De pronto recordó una cosa.
—Sylvia, ¿qué significa traslación cuasiinstantánea?
—preguntó.
—Bueno, por el procedimiento de Bruss el viaje de Straylan a la Tierra se realiza en el acto, con la misma rapidez que tú empleas para pasar de esta sala a tu dormitorio. Con el otro procedimiento se tarda un poco más.
—¿Como cuánto? —quiso saber el joven.
—Oh, una hora, quizá menos —respondió Sylvia con toda naturalidad.

CAPÍTULO VII

Tim Cassini se miró al espejo y torció el gesto. —Esos rufianes me las van a pagar —mascullό—.
Yo soy de los que no perdonan una, ¿sabes Jules?
Bannion contestó con un gruñido. No podía decir nada, porque tenía la cara metida en un barreño de agua caliente.
—Se aprovecharon de que nos encontraron desprevenidos —siguió Cassini—. De otro modo, la paliza se la habrían llevado ellos. ¿Me oyes, Jules?
—Sí —dijo Bannion. Y volvió a sumergir la cara en el agua.
—Por tanto, es preciso demostrarles que no somos dos tipos cobardes y que sabemos tomarnos el desquite cuando es necesario.
—Glu, glu, glu, glu... —hizo Bannion.
—Así que yo opino que lo mejor sería ir adonde se encuentren y devolverles la fineza. ¿Qué te parece, Jules?
Bannion empezó a secarse la cara.
—De acuerdo, compañero —aceptó el plan—. Pero, ¿cómo, cuándo y con qué?
—Cómo, en su casa; cuándo, esta misma noche. Y con qué... ¿Has visto mi garrote teledirigido?

—No. ¿Qué es eso, Tim?
—Aguarda un momento y lo verás.
Cassini entró en la habitación contigua y volvió a salir a los pocos instantes con dos objetos en la mano.
Uno de ellos era una caja de control remoto. El otro era un grueso bastón de fresno, de seis centímetros de diámetro por casi setenta de longitud, terminado en uno de sus extremos por una prolongación negra, que contenía los mecanismos de recepción de los impulsos de la caja de control.
Con la mano izquierda, Cassini lanzó el garrote al aire. Luego, por medio de la caja de control, empezó a dirigir sus movimientos.
El garrote se movía por todas partes. Cassini lo acercó al respaldo del sillón e hizo que golpeara allí varias veces muy seguidas.
Bannion estaba admirado.
—Oye, ¿de dónde has sacado eso? —preguntó. Cassini sonreía complacidamente.
—Me lo dio un tipo que me debía quinientos «pavos» —contestó—. Tiene su motorcito de antigravedad, que es lo que lo sostiene en el aire y, naturalmente, los mecanismos de dirección, fíjate.
El garrote se acercó peligrosamente a Bannion, de cuya garganta se escapó un chillido de pánico.
—¡Aparta ese cacharro de ahí, Tim!
Cassini «refrenó» los enloquecidos movimientos del garrote y lo dejó sobre un sillón.
—¿Te gusta la idea? —preguntó.
—Es magnífica —respondió Bannion complacidamente—. Pero yo, por si acaso, me llevaré esta vieja y confiable amiga.
Y enseñó una antigua pistola que disparaba proyectiles por expansión de gases, aunque con un perfectísimo silenciador y mecanismo anulador de retroceso, elemento éste que influía poderosamente en la puntería del tirador.

* * *

Los cuatro hombres se hallaban en torno a una mesa, sobre la cual se veían algunos planos y mapas. Lane Van Der Bruss presidía la reunión.
A su derecha estaba Ron Gylty, secretario y hombre de confianza. Los otros dos eran Macy Ogquist y Emil Vroot.
Vroot tenía aún la nariz inflamada, a consecuencia de los dos golpes que le había propinado la combativa Flora Goodwin. Vroot no se había recuperado todavía de la decepción sufrida. Le dolía más la derrota que los golpes en sí.
—La hembra de la especie —masculló—, eso es lo que es Flora Goodwin.
—¿Qué dices? —le preguntó Ogquist.
—Silencio —cortó Bruss—. Ron, ¿tienes listo el plan para el noveno subsector?
—Me faltan todavía algunos detalles —respondió Gylty, muy ocupado con algunos cálculos hechos con lápiz y papel sobre la mesa—. El tropezón del otro día me ha hecho perder demasiado tiempo.
Bruss hizo un gesto de asentimiento.
—Creo que nos precipitamos, en efecto —admitió—.
Por eso vale más que tengamos paciencia y que, en el momento de actuar, lo hagamos rápida e instantáneamente y sin el menor error.
—Convendría tener en cuenta unos detalles que me parece se nos han pasado por alto —aconsejó Vroot.
—¿Por ejemplo?
—Jenkins, el mayordomo. Es cierto que se fue de vacaciones, pero puede volver en cualquier momento.
Bruss escribió algo en una libreta que tenía al alcance de la mano.
—Prepararemos un gemelo para su regreso —dijo—. ¿Qué más, Emil?
—Bueno, la cocinera, que es la única: mujer permanente en la casa, no sospecha nada; estaba acostumbrada a las chifladuras de su amo. Y las mujeres de la limpieza vienen sólo por la mañana... Quedan dos asuntos por resolver.
—Gómez y Tarryth —dijo Bruss con el ceño fruncido.

—Sí, señor.
Los dedos de Bruss tabalearon sobre la mesa.
—La presencia de esas dos personas en la vecindad puede suponernos graves inconvenientes —admitió ¿Qué tal si los atrajéramos a una trampa?
—Gómez no acudirá —aseguró Vroot.
—¿Cómo lo sabes, Emil?
—Tiene un detector de mentiras portátil inventado y perfeccionado por él mismo. En seguida se daría cuenta de que queremos engañarle.
Bruss lanzó una maldición.
—Es un enemigo demasiado peligroso, en efecto —ratificó—. Por fortuna, la cápsula de traslación cuasiinstantánea se le hizo polvo en el aterrizaje, así que si quiere regresar a Straylan, tiene que pasar por aquí y no creo que lo haga.
—Está la chica, jefe —alegó Ogquist.
—Tal vez a ella sí podríamos atraerla aquí —murmuró Bruss especulativamente.
—Pero quitando antes de en medio a su caballero andante, que no la deja ni a sol ni a sombra. Y cuidando de que Gómez no le preste su detector de mentiras.
Bruss lanzó un nuevo bufido.
—Hay veces que empezaría a mordiscos con esta mesa —dijo —. El mejor plan que jamás se le ha ocurrido a straylanita y esos estúpidos tratan de impedirlo.
—Cuestión de puntos de vista jefe —manifestó Vroot sentenciosamente.
—Y menos mal que pudimos solucionar el asunto del pobre Chinn —añadió Ogquist.
—La culpa fue vuestra, pedazo de tontos. ¿A quién se le ocurre quitar de en medio a un tipo, dejándole encima el armamento?
Ron Gylty habló inesperadamente:
—La pregunta que a mí se me ocurre al oír esto es: ¿Cómo pudo escapar el otro Chinn?
Hubo un momento de silencio. Luego, Bruss, malévolamente, dijo:
—Alguien cometió un error y me gustaría saber quién es para...

El timbre de la puerta sonó de pronto. Bruss hizo un gesto con la cabeza.

—Anda a ver quién es, Emil.

Vroot se puso en pie, abandonó la sala, cruzó el anchuroso vestíbulo y abrió la puerta.

—Hola, Emil —dijo desenvueltamente una espléndida pelirroja —, ¿cómo te encuentras?

Vroot se quedó parado. Ella le dio un cariñoso cachete en la mejilla y echó a andar con paso resuelto.

—¿Qué hace Lane? —preguntó—. Llevo ya dos semanas sin verle y me parece que haya pasado un siglo...

Vroot se rehízo de la sorpresa y corrió tras la pelirroja, pero ella había abierto ya la sala y cruzaba el umbral, en medio de la estupefacción de los presentes.

—Hola, cariñito —saludó afectuosamente, a la vez que se inclinaba hacia el atónito Bruss para besarle en la punta de la nariz—. Sorprendido de verme, ¿eh? Ya te dije que la semana pasada no podía venir y tú lo encontraste muy natural. Bien, ya estoy aquí. ¿Te gusto?

La pelirroja dio una vuelta sobre sí misma, para hacer ostentación tanto de su curvilínea figura como del vestido que llevaba puesto y que, por la escasez de material empleado en su confección habría provocado el colapso de un fabricante de tejidos. Los cuatro hombres la contemplaban boquiabiertos.

—¿Verdad que es bonito? —siguió ella—. Me lo diseñó Siggino... Pero, Lane, cierra la boca, hombre. Cualquiera diría que no has visto jamás a Sheila Dort.

—Oh, sí, claro que sí —reaccionó Bruss, a la vez que se ponía en pie—. Chica, es que estás tan guapa, que le dejas a uno sin respiración.

Sheila sonrió complacida.

—Ya era hora de que dijeras algo, hombre —exclamó.

Bruss la agarró por un brazo y tiró de ella hacia la salida.

—Vamos a tomar una copa a solas —sugirió—. Vosotros seguid adelante con vuestro trabajo; ya os veré más tarde.

Bruss y Sheila abandonaron la sala. El primero se sentía perplejo, porque la inesperada llegada de la pelirroja le había

puesto en un compromiso.
¿Cuáles eran sus relaciones con el auténtico Bruss?, se preguntó, tremendamente desconcertado, mientras se lamentaba de no haber profundizado lo suficiente en la vida de Bruss, para conocer aquel detalle que ahora podía significar un serio contratiempo para sus planes.

* * *

Drue Kell y Sylvia atravesaron en silencio el jardín y llegaron a una de las paredes de la casa.
Había varias ventanas iluminadas, aunque no trascendía el menor sonido al exterior. Sylvia se quedó un momento irresoluta.
—¿Por dónde entramos, Drue? —pidió consejo.
—¿Dónde cree que puede estar lo que busca? —preguntó él.
—Bueno, en una habitación grande, espaciosa, relativamente aislada y... yo diría que fuera de la circulación.
—Es decir, que se usa muy poco.
—Sí, eso es.
—Entonces, el sótano, no hay duda.
—Bueno, pues al sótano, Drue.
—Venga conmigo; buscaremos la entrada.
Kell echó a andar, hasta llegar a la fachada posterior. Había dos puertas, una a medio metro sobre el suelo, y otra en una posición opuesta, hundida parcialmente en la tierra y a la que se llegaba por medio de una escalera de cinco o seis peldaños.
—Aquí es —dijo Kell.
Sacó una linterna que había llevado consigo a prevención y alumbró el camino. Tocó el pomo de la puerta y halló que estaba cerrada con llave.
—Debiera haberme traído algo para forzar la cerradura —se lamentó.
—Deje eso de mi cuenta —sonrió Sylvia.
Abrió el bolso que llevaba colgado de su hombro y sacó algo parecido a un lápiz. Hizo presión en uno de sus extremos y, al instante, brotó por el otro un dardo de luz oscura, del grueso de

un meñique.
La cerradura se volatizó en pocos segundos. —El paso está libre —anunció ella.
—Oiga, Sylvia —dijo Kell, pasmado de asombro—, ¿qué artefacto es ése?
—Un desalineador de moléculas metálicas. No perjudica en absoluto a los tejidos orgánicos.
—O sea que...
—Si las moléculas de un cuerpo metálico, aunque proceda de una aleación, pierden su alineación estructural, por una influencia externa, el metal se convierte en menos que polvo —explicó ella.
—Bueno, no apunte ese cacharro hacia la hebilla de mi cinturón o se me caerán los pantalones —dijo Kell jovialmente, a la vez que empujaba la puerta.
Sylvia se echó a reír también. Momentos después, se hallaban en el sótano.
Hubo unos momentos de desconcierto para los dos jóvenes.
El sótano estaba absolutamente vacío. —¡Nada! —dijo Sylvia, atónita.
Kell frunció el ceño.
Aquello no era lógico. Nunca había visto un sótano con las paredes y el suelo completamente desnudos, ni un cuadro viejo o un sillón en desuso o algunos cajones vacíos.
—Bruss es un tipo de gustos bastante refinados —dijo—. ¿Dónde diablos tiene la estantería para sus botellas de vino?
De pronto creyó ver que las dimensiones del sótano no correspondían con la planta total del edificio.
La pared frontera a la puerta estaba demasiado cerca, a su juicio. Se acercó a ella y la golpeó un par de veces con los nudillos.
—¡Hum! —dijo—. Esto no suena precisamente a pared de mampostería, aunque haya revoque de yeso a la vista.
—¿No será metal lo que hay debajo de la capa blanca? opinó Sylvia.
—Pruebe con su desalineador —indicó él. La prueba resultó positiva.

CAPÍTULO VIII

Bannion y Cassini llegaron a la puerta de la casa y llamaron sin pérdida de tiempo.

—Déjame actuar a mí —pidió el segundo.

—Conforme accedió Bannion.

Cassini tenía la porra en la mano. En la sala interior Gylty frunció el ceño al oír la llamada.

—No pararán hoy los importunos —masculló.

—Yo iré —se ofreció Vroot.

—No, deja, abriré yo —dijo Gylty—. Pudieran presentarse complicaciones y yo sabría resolverlas.

Abandonó sus cálculos y salió de la estancia. Momentos después, abría la puerta.

Algo duro y contundente le golpeó en la frente. Gylty se desplomó fulminado.

Cassini sonrió.

—También sirve empleándolo a mano —dijo satisfecho.

Bannion apartó a un lado el inerte cuerpo del secretario. Luego avanzaron hacia la sala.

—Me parece que he oído un ruido extraño —dijo Vroot.

La puerta se abrió en aquel momento.

—Hola —sonrió Bannion.

Ogquist lanzó una maldición, pero se contuvo al ver a pistola en manos del recién llegado.

Cassini se hizo visible un segundo más tarde.

—A ese tipo lo conozco yo —dijo, señalando a Oguist—. ¿Dónde está tu compinche?

—Ha muerto —respondió el interpelado hoscamente.

—Descanse en paz —dijo Cassini con indiferencia—. Pero este otro también es amigo tuyo.

—Sí —admitió Vroot con un gruñido.

—Entonces, recibirás la ración que corresponde al difunto.

Bannion sonreía complacidamente.

—Nos sorprendisteis el otro día en la oficina, pero somos de los

que no nos gusta recibir un favor sin devolverlo —manifestó—. ¡Anda con ellos, Tim!
—Con mucho gusto —respondió Cassini, y lanzó el garrote al aire.
Se oyó un grito de pánico.
El garrote empezó a moverse velozmente. Vroot y Ogquist trataban de eludir los golpes, pero la estaca se movía con sorprendente velocidad.
Bannion reía a mandíbula batiente. Para él, era un desquite perfecto ver a aquellos dos hombres recibiendo una impresionante tanda de garrotazos, sin que pudieran hacer nada por evitado.
Los gritos que lanzaban Ogquist y Vroot le impidieron oír otro que sonó en el piso superior de la casa.

* * *

—Bueno, nena —dijo Bruss—, la verdad es que estaba bastante ocupado...
—Para eso estoy yo aquí, para liberarte de tu tensión —dijo Sheila, avanzando hacia él con insinuantes ondulaciones—. Lane, ¿puedo preguntarte una cosa?
—Sí, cariño, lo que quieras.
—¿Cuándo nos tomamos unas vacaciones bien largas? Cinco o seis semanas, por ejemplo...
—Ahora me es imposible. Los negocios nena.
—Negocios, negocios —refunfuñó ella—. ¿Es que no te cansas de acumular dinero? Además, los negocios tuyos marchan ya solos. Es como una máquina automática de producir billetes. Funciona sin intervención de la mano del hombre.
Bruss se echó a reír.
—Sheila, te prometo esas vacaciones en cuanto termine un asunto que requiere mi presencia personal. Es... estoy poniendo en marcha otra máquina automática de fabricar billetes, ¿comprendes?
—Si tú lo dices —se resignó ella.
Y se colgó de su cuello, disponiéndose a mordisquearle en la

oreja.
Entonces vio algo que le dejó perpleja.
—Lane, ¿dónde está el lunar que tenías en el cuello? —preguntó.
—¿Qué? —respingó el hombre.
Ella se separó un poco, a la vez que le tocaba el cuello con el índice.
—El lunar —repitió.
—Ah me lo he quitado. Me estorbaba. Sheila calló un instante.
—Tú no eres Lane Van Der Bruss —dijo al cabo.
—¿Cómo?
—El verdadero Lane me dijo que nunca se quitaría el lunar, porque podría resultarle peligroso. Estaba demasiado cerca de la yugular y, además, no le molestaba en absoluto.
—No digas tonterías —rezongó Bruss.
—¡Tú no eres Lane! —chilló Sheila—. ¡Lo has suplantado!
Giró sobre sus talones y, agarrando el bolso al pasar, corrió hacia la puerta.
Bruss reaccionó y se lanzó tras ella. Sheila lanzó un agudo chillido al sentirse apresada por una muñeca.
—¡Suéltame! —pidió a voz en cuello.
—Espera un momento, nena —rogó él.
Sheila se volvió. Lo último que vio fue el puño del supuesto Brus que avanzaba raudo hacia su mandíbula.
Luego se hizo todo negro a su alrededor y dejó de ver y de oír.

* * *

El desalineador de Sylvia abrió ancha brecha en la pared. Kell se sentía fascinado por la acción de aquel aparato.
Apenas se elevaba un poco de polvo. Momentos después, Sylvia había abierto un hueco de dos metros de altura por sesenta de anchura.
—Adentro —invitó.
Kell cruzó el umbral. Durante unos segundos, guardó silencio, estupefacto por el increíble espectáculo que tenía ante sus ojos.

No era, por otra parte, algo demasiado grandioso lo que tenía ante sus ojos. A unos seis o siete pasos de la puerta practicada por Sylvia. había un brillante círculo de unos dos metros de altura, apoyado en el suelo del sótano por la parte interior.
El borde externo del círculo era de metal muy brillante y de unos diez o doce centímetros de anchura, El resto parecía de vidrio translúcido, que dejaba pasar los rayos de luz, pero no permitía ver lo que sucedía al otro lado.
Ligerísimas oscilaciones de la intensidad luminosa se producían en el vidrio de vez en cuando, muy parecidas a las ondulaciones causadas por una piedra arrojada en una charca de quietas aguas. Las ondulaciones nacían en el centro y se alejaban lentamente hacia los bordes.
De pronto, Sylvia lanzó una exclamación de alegría.
—¡Ah, ahí está lo que buscamos!
—¿Qué dice?
—La cápsula de traslación cuasiinstantánea, hombre. ¿O ya se había olvidado del objeto de nuestro viaje a esta casa?
—Tiene razón —contestó él—. Pero, ¿dónde está la cápsula?
—Aquí —dijo Sylvia triunfalmente, a la vez que levantaba con la mano un maletín de aspecto más bien corriente.
Kell puso cara de tonto.
—Eso es... una cápsula de traslación cuasiinstantánea?
—Sí, Drue.
—Sylvia, se supone que un artefacto de ese género ha de tener capacidad suficiente para transportar al menos, a una persona. A menos que sea un recién nacido...
—Drue, he olvidado explicártelo. La cápsula está dentro del maletín, porque se ha empleado el mecanismo de reducción dimensional. Cuando se quiere usar, se abre el maletín, se acciona el mecanismo en sentido inverso y la cápsula recobra su tamaño normal, con capacidad para dos personas.
Kell meneó la cabeza.
—Es un invento fabuloso —calificó—. Aquí en la Tierra, lo pagarían a peso de oro.
—Ya me lo imagino. Se podría ir rápidamente a cualquier parte...

—No, no, si no lo digo por eso, sino porque imagínate tú lo que significaría llegar a cualquier parte con el coche y poder guardarlo en un maletín. ¡Quedarían solucionados todos los problemas de estacionamiento!
Sylvia se echó a reír.
—Ese es el modo de pensar de un terrestre —dijo—. Bueno, vámonos...
—Aguarde un momento —pidió Kell—. Quiero que me explique una cosa.
—¿De qué se trata, Drue?
—Ese círculo luminoso. ¿Qué es, Sylvia?
—Ah, es la entrada del camino que permite llegar instantáneamente a Straylan.
Kell dirigió al círculo una mirada de infinito respecto.
—O sea que Straylan está...
—Justo al otro lado de esa puerta.
El joven se pasó una mano por la cara.
—¿Y para venir aquí?
—Hay otra puerta análoga en Straylan. Pero no sabemos dónde está. Por eso vino el hiperdoctor Gómez a anular ésta y, de paso, ver si podía encontrar la otra. Lo que ha hecho Bruss es ilegal en Straylan, ¿comprende?
—Sí, pero, ¿por qué lo ha hecho?
—Eso es lo que no hemos podido averiguar todavía —respondió Sylvia—. Indudablemente, tiene unos planes forjados y piensa llevados a cabo. Nosotros queremos evitado.
—¿Ha dicho «nosotros»?
—Sí —confirmó Sylvia—. Yo soy agente del Sistema de Control de Viajes Superespaciales. Bruss me conoce y por eso envió a sus esbirros a apresarme.
Kell se sentía mareado.
—Demasiadas cosas para la comprensión de un pobre terrestre —dijo—. Sylvia, otra pregunta.
—¿Sí, Drue?
—Si yo me asomase ahora un poquito ahí, ¿vería algún pedazo de su planeta?
—Por supuesto que sí —contestó ella—. Pero no se lo

aconsejo.
—¿Por qué?
—Hay zonas inexploradas todavía, muy selváticas, con animales feroces, comparados con los cuales, los leones terrestres, por ejemplo, son mansos falderillos. Es de suponer —agregó—, que Bruss haya situado la otra puerta en una región de difícil acceso para los demás.
—Comprendo.
A pesar de todo, Kell, se acercó al círculo y lo contempló con curiosidad.
No era cristal translúcido, como habían pensado en un principio, sino una materia incorpórea de apariencia perlina, en cuyo seno se producían aquellas lentas ondulaciones que habían llamado su atención desde el primer momento. De súbito, sintió una fuerza irresistible que le empujaba hacia el interior del círculo.
Un grito de pánico brotó de sus labios:
—¡Sylvia, ayúdeme!
La joven corrió hacia él y agarró la mano que le tendían. Pero el poder de succión de la puerta era más fuerte que ellos y ambos se vieron lanzados sin remisión al otro lado del círculo.

CAPÍTULO IX

Sheila Dort continuaba todavía inconsciente, cuando Bruss la levantó del suelo, furioso por el descubrimiento que la joven había hecho de su verdadera personalidad.
Al fondo del dormitorio había lo que parecía ser un gran armario ropero. Bruss se acercó a aquel lugar con Sheila en brazos y, para manejarse mejor, se la echó al hombro. Luego alargó la mano derecha y tocó un botón que había disimulado en la pared.
Parte del armario se deslizó a un lado, dejando ver un hueco por el que se metió Bruss sin vacilar. Inmediatamente, el armario recobró su apariencia normal y, al mismo tiempo, el suelo se hundió.

Bruss apareció segundos después en el sótano iluminado por aquel gran círculo de color blanco perla. Se acercó al mismo, cambió de posición a Sheila y luego, sin más, tomó impulso y la arrojó hacia adelante.
Sheila traspasó el círculo. Sus ropas revolotearon un poco y luego desapareció.
Bruss se limpió un inexistente polvo de las manos.
—Asunto concluido —gruñó.
Giró sobre sus talones y entonces fue cuando vio el hueco abierto por el desalineador molecular de Sylvia.
Frunció el ceño un instante. Al siguiente, dejaba escapar un juramento de cólera.
Esta vez, no usó el ascensor secreto para subir a su dormitorio, sino que corrió hacia la escalera que comunicaba con el vestíbulo. Pero, ¿a quién diablos se le había ocurrido la idea de ir a su casa?
Cuando llegó al vestíbulo, vio a dos individuos que abandonaban la sala, de donde salían unos ayes y gemidos que partían el alma.
—¿Quién es ése? —preguntó Cassini.
—¿Quién ha de ser? Bruss, naturalmente.
—Conque sí, ¿eh? Este es el tipo que ordenó que nos dieran aquella paliza.
—¿Qué hacen ustedes en mi casa? —preguntó Bruss de mal talante.
—¡Ahora mismo lo va a saber usted! —respondió Cassini.
Y lanzó hacia adelante su garrote teledirigido.
El primer estacazo alcanzó en el hombro a Bruss, de cuya garganta se escapó un aullido de pánico. Bruss echó a correr, pero la estaba le perseguía sin darle tregua ni respiro.
Los dos compinches reían a mandíbula batiente. Cassini dio fin a la diversión situando el garrote ante Bruss y atizándole un espantoso golpe a la altura de la hebilla del cinturón.
Bruss se inclinó hacia adelante, lanzando un gemido de agonía. El garrote golpeó ahora en la región opuesta y más saliente a causa de la postura. Bruss pegó un salto, cayó al suelo y quedó inmóvil, quejándose sordamente.

—Bueno, creo que ya hemos terminado —dijo Bannion.
—Sí, compadre —respondió el otro—. Espero que tomen nota para lo sucesivo y que aprendan que puede resultar perjudicial meterse con nosotros.
—Peor para ellos si no saben entender nuestra advertencia —manifestó Bannion fríamente.

* * *

El extraño efecto de succión del círculo lanzó a Kell hacia adelante, pero como se había agarrado a Sylvia y aquella fuerza era más poderosa que los dos, la resistencia opuesta resultó inútil.
Inmediatamente se vieron sumergidos en un mundo penumbroso, grisáseo, donde no había luz ni oscuridad ni se veía tampoco el menor signo de vida.
Kell notó que rodaba por los suelos, aunque no se hizo el menor daño, y luego quedó inmóvil unos momentos
Sylvia estaba a su lado, no menos perpleja que él. Sin levantarse del todo, Kell se apoyó en un codo y contempló el deprimente panorama que se ofrecía ante sus ojos.
—¿«Esto» es Straylan? —dijo.
—¡Esto qué va a ser Straylan! —contestó Sylvia casi malhumoradamente—. Straylan es mucho más bonito, hombre.
Kell hizo una mueca.
—Pues lo disimula bastante bien —mascullό—. No se ve ni se oye nada... ¿Dónde diablos estamos, Sylvia?
La joven se puso de rodillas y miró desconcertadamente a su alrededor.
—¡Qué extraño! —murmuró.
Kell tanteó el suelo. Era sólido y tangible, pero, al mismo tiempo, le dio la sensación de que no existía, que flotaba en una nube. Se puso en pie, saltó hacia arriba y cayó con cierta lentitud chocando contra una superficie blanda y acogedora, aunque no muy cálida.
El silencio era absoluto.
Hada todas partes que mirasen sólo se veía penumbra gris, sin

el menor accidente de alteración de tono en aquel tétrico color. Tampoco se veían casas o árboles.
—Sylvia, ¿estás segura de que aquel círculo era la puerta que conducía instantáneamente a tu país? —preguntó al cabo de unos minutos.
—Absolutamente —respondió ella con énfasis—. No te pediré que me creas, pero es la verdad.
—En ese caso, hemos equivocado el camino. Si esto no es la Tierra, y yo estoy seguro que no lo es, y tú dices que tampoco es Straylan, ya me dirás tú dónde estamos.
Sylvia se mordió los labios.
—Me estoy formando una hipótesis...
—¿Servirá para salir de aquí? —preguntó él.
—Al menos, lo intentaremos, Drue.
—Está bien, adelante con la hipótesis.
—Tú te acercaste a la puerta y una fuerza irresistible te atrajo.
—Sí, una fuerza de succión muy potente.
—Es lo que sucede ordinariamente, de modo que, hasta ahora, no hay nada de anormal en ello. Pero al cruzar el umbral, tendrías que haber salido ya a Straylan y no ha sido así.
—Evidentemente, Sylvia.
—Eso significa que una fuerza extraña ha interferido la acción de la puerta, Drue.
—¿Está estropeada?
Sylvia hizo un signo negativo.
—No, Drue. La puerta funciona perfecta y continuamente. En cualquier momento se puede ir y venir de Straylan. Pero ha ocurrido algo que ha interferido sus líneas de acción sobre nosotros y esto es lo que nos ha lanzado de aquí al...
—¿Al...? —repitió él, ansiosamente.
—Se le podría definir de varias maneras —dijo Sylvia—. Podríamos llamado el «no» espacio, aunque yo preferiría denominado interespacio.
—Sigo como antes, Sylvia —masculló Kell. Ella suspiró.
—La Tierra es una porción del espacio y también Straylan y el ámbito vacío en que ambos se mueven en el firmamento también es espacio. Pero este lugar en que nos hallamos no es

espacio ¿Comprendes?
Kell se quedó con la boca abierta.
—¿Quieres decir que no estamos en ninguna parte?
—Sí.
—Entonces no estamos vivos tampoco.
—¡Hombre tanto como eso...!
—Si no estamos en el espacio, si no estamos en ninguna parte, eso significa que «no somos», que no existimos en suma; que somos nuestros espíritus...
—Pellízcate, Drue —le interrumpió ella.
Kell obedeció. Inmediatamente lanzó un grito.
—Pues sí, estoy vivo.
—Y eres un ente corpóreo —aseguró Sylvia—. Pero estás en el interespacio.
—No lo entiendo muy bien, pero eso quiere decir que en alguna parte hay dos rebanadas de pan sin el jamón. Yo soy el jamón.
Ella se echó a reír.
—Una metáfora bastante apropiada —calificó—. Podría decirse que el jamón de ese bocadillo está en los antípodas de las rebanadas de pan.
—Bueno, bueno —refunfuñó él—. Me parece que ya empiezo a comprender. Esto que nos pasa es como ir al teatro y ver la función ni desde el escenario ni desde el patio de butacas, sino desde los pasillos.
—Pues, sí, más o menos. Tú y yo existimos, somos seres corpóreos, pero nos hallamos en una zona intermedia entre el espacio que corresponde a Straylan y el de la Tierra.
—En el limbo.
—Más o menos Drue.
—Muy bien. ¿y cómo salimos de aquí?
Sylvia le miró angustiada.
—Eso es lo difícil Drue —contestó.
—¿No... no hay remedio?
La joven guardó silencio. Kell miró en torno suyo.
Todo era quietud. No hacía ni frío ni calor ni soplaba viento, pero tampoco se percibía el inconfundible olor del campo. Estaba sentado en el suelo, pero si empujaba la mano con un

poco de fuerza, lo traspasaba sin dificultad.
—¿Y si caminásemos en busca de las dos puertas? —sugirió.
Sylvia se mostró irresoluta.
—Drue, puede que estén a miles de billones de kilómetros de nosotros —contestó.
Kell se espantó.
—Pero, ¿cómo hemos podido cubrir una distancia tan grande en sólo unos pocos segundos?
—Te repito que aquélla era la puerta para viajar instantáneamente a Straylan, y sin cuatrocientos treinta y tres años luz. Multiplica por nueve billones y medio de kilómetros y tendrás una idea aproximada de la distancia que hay entre ambos planetas.
—No, no puedo hacer eso; es superior a mis fuerzas.
Pero lo que sí quiero intentar a toda costa es salir de aquí. Sylvia, no quiero vivir en esta especie de limbo, ¿comprendes? Por ahora estamos bien, pero, ¿sabes qué pasará dentro de veinticuatro horas?
—No. Dímelo, Drue.
—Muy bien. Tendremos hambre sed.
La muchacha guardó silencio.
—Si tuviéramos un medio de volver al punto de partida...
De repente, lanzó un agudo grito.
—¡Drue, la cápsula!
—¿Ese artefacto que sirve para viajar casi instantáneamente?
—Sí, el mismo.
—Muy bien, pero, ¿dónde está?
Sylvia miró desconcertada a su alrededor, —Recuerdo que la tenía en la mano cuando tú me pediste ayuda —contestó—. Pero no sé qué ha sido de ella —añadió desconsoladamente.
Kell frunció el ceño.
Si no arbitraban pronto el medio de salir de allí, corrían el riesgo de perecer de hambre y sed en un medio absolutamente hostil.

CAPÍTULO X

Lane Van Der Bruss y sus tres acólitos se sentían muy deprimidos, después del vapuleo a que habían sido sometidos. Ogquist creyó conveniente levantar los ánimos con unas copas.
Después discutieron largamente sobre la identidad de la personas que habían abierto el agujero en la pared del sótano. Bruss tenía el convencimiento de que había sido Sylvia.
—Ayudada por ese condenado Drue Kell —mascullό.
—Pero nosotros le dimos la orden de olvidarse de ella —alegó Ogquist.
—No sé cómo fue, el caso es que no se separa de Sylvia ni un solo momento.
Ogquist se mostraba muy preocupado.
—El gas es infalible y nosotros le dimos una buena dosis —murmuró—. No sé por qué diablos no le hizo efecto.
—A lo mejor había tomado un antídoto previamente —sugirió Vroot.
—¿Cómo iba a tomar antídoto, si no sabía que íbamos a llegar? —barbotó Ogquist.
—Un momento, —dijo el secretario—. Macy, ¿puedes recordar qué estaba haciendo Kell en el momento de vuestra llegada?
—Pues vimos el tablero de dibujo... Ah, sí, un vaso mediado de licor.
Gylty chasqueó los dedos.
—No hables más —dijo—. Había tomado un trago y el alcohol anula los efectos del gas.
Ogquist soltó una maldición. Bruss dijo:
—Con quejarse no haremos nada. Ron, ¿cómo van las fotografías?
—Bien, ya tengo casi todas, jefe.
—Tienes que darte prisa; el asunto se está poniendo caliente y es preciso acabar cuanto antes. En cuanto a nosotros, vamos a hacer una visita... bueno, hoy no, mañana por la mañana.
—¿A quién? —quiso saber Vroot.
—A otro tipo que nos está dando mucha guerra.
Me refiero al hiperdoctor Xprrqwwzqrs, alias Pedro Gómez.
—Y lo enviará a Straylan inmediatamente.
—Sí, por supuesto.

La reunión se disolvió aunque Gylty quedó trabajando todavía un poco más. A la mañana siguiente, Bruss, ya dispuesto para salir, dio una orden:
—Macy, ve al sótano y tráete la cápsula.
—Sí, jefe.
Ogquist desapareció para volver a los pocos momentos con una noticia desoladora:
—¡Jefe, la cápsula ha desaparecido! Bruss se quedó atónito.
—Pero, ¿cómo...?
Durante unos segundos, permaneció irresoluto. Luego hizo un gesto con la mano.
—Es igual. Con cápsula o sin cápsula, Gómez va a volver a Straylan —dijo resueltamente—. ¡Vamos, andando!

* * *

—¿Estás segura de que tenías la cápsula, Sylvia?
—Sí. Acababa de cogerla, cuando tú me llamaste.
Corrí hacia ti, alargué una mano y...
Kell se puso en pie y miró a su alrededor. —Seguramente se te escapó en la caída —calculó—.
Aguarda aquí un momento, Sylvia.
—No te vayas muy lejos, Drue —aconsejó la joven. Kell hizo un signo de asentimiento. Luego caminó unos cuantos pasos.
—¡Basta, Drue! —gritó Sylvia—. Empiezas a perderte de vista.
—¿Puedo caminar dos o tres pasos más? —consultó él.
—Dos solamente, Drue —autorizó la joven.
Kell contó los pasos. Volvió la cabeza y se dio cuenta de que apenas entrevía la silueta de la muchacha. —Voy a caminar en círculo —dijo—. Si ves que me alejo demasiado, grita.
—Sí, Drue.
Kell empezó a andar de inmediato, volviendo la cabeza de vez en cuando para comprobar que no perdía de vista a la joven. De repente, tropezó con algo y cayó al «suelo».
Asombrado, tocó con las manos aquel obstáculo y halló que era un objeto muy parecido a una maleta.
—¡Sylvia, ya he encontrado la cápsula! —anunció. Ella lanzó un

grito de alegría y corrió hacia Kell. El joven emitió de pronto una perentoria advertencia.
—¡Eh, que te pasas de largo!
Guiada por la voz, Sylvia se reunió con Kell.
Arrodillada en el suelo, examinó la maleta.
—Hemos tenido suerte —dijo jubilosamente.
—¿Tú crees? ¿No dijiste antes que estábamos en el interespacio?
—Sí, claro, pero la cápsula funcionará igual, no importa el ambiente.
—Muy bien, si tú lo dices... Pero yo no creo que podamos viajar los dos cabalgando sobre un simple maletín.
—¡Qué cosas tienes —dijo Sylvia riendo—. Ahora accionaré las mandos del reductor dimensional, en sentido opuesto, claro, y la cápsula recobrará su tamaño normal. Aguarda un momento y verás.
Sylvia abrió la maleta, que contenía en su interior una caja de vidrio, de las dimensiones justas para entrar sin obstáculos ni tampoco moverse en el transporte. En uno de los ángulos de la caja había una serie de teclas y botones que ella manipuló con agilidad y destreza.
—Sylvia, ¿en qué se basa el reductor dimensional?
—preguntó Kell, muy intrigado.
—Oh, es sencillísimo. Simplemente coloca a la cápsula en un ambiente espacial distinto. Bueno, es como si la contemplaras a gran distancia. La verías mucho más pequeña, ¿no?
—Sí, claro.
—Pero, al mismo tiempo, tienes el brazo lo suficientemente largo para alcanzada con la mano. Eso es todo, Drue.
—Oh, claro, claro... —contestó él escépticamente—. Si tú lo dices...
De repente se oyó un chasquido.
Aquella caja empezó a aumentar de tamaño a gran velocidad. Kell dio un salto hacia atrás, asombrado por lo que estaba viendo.
—La cápsula vuelve a su espacio normal —dijo Sylvia.
Momentos más tarde, Kell contemplaba un cajón de forma

cúbica, de paredes completamente transparentes y con dos cómodos sillones en su interior. El vidrio tenía una tonalidad ligeramente ahumada.
Sylvia presionó un resorte invisible para Kell y uno de los lados de la caja giró a la manera de una puerta. Luego, ella recogió el maletín y dijo:
—¡Adentro, Drue!
Lleno de un reverente temor, Kell tomó asiento en uno de los sillones. Sylvia se sentó a su lado.
Un cuadro de mandos surgió del suelo de la cápsula, sostenido por una columna de sección cuadrangular y aristas cilíndricas. Concentrándose en sí misma, Sylvia empezó a manipular en los instrumentos.
—Ya estamos en marcha, Drue.
Kell miró a derecha e izquierda. —Bueno, yo no veo que nos movamos...
—En esta clase de aparatos no se percibe el movimiento, pero, en realidad, nos desplazamos a una velocidad inimaginable —contestó la muchacha.
Pasaron algunos minutos.
El ambiente gris empezó a aclararse. A lo lejos se veían ya algunas formas confusas.
—Estamos llegando —dijo Sylvia.
Instantes después, se encontraban en el centro de un bosque de exuberante vegetación, con árboles de formas fantásticas y copas de gran altura. Kell miró desconcertado a su alrededor.
—¿Esto es Straylan?
Sylvia miró también a derecha e izquierda, pero guardó silencio.
—Te he hecho una pregunta, Sylvia —insistió él.
—Lo siento, Drue, pero me parece que he equivocado la ruta —respondió la joven con acento pesimista.
Kell se tapó los ojos con una mano.
—¡Estamos apañados! —masculló.

* * *

Sylvia abrió la cápsula y salió afuera. Kell la imitó en el acto.

—¿No sabes dónde estamos? —preguntó él.
—No tengo la menor idea. Este lugar me es absolutamente desconocido.
—¿Cómo lo sabes?
Ella señaló a los árboles.
—Esa vegetación no es straylanita en modo alguno —contestó.
Kell lanzó un silbido.
—Nos vamos a divertir —rezongó—. Primero en el interespacio, ahora en un sitio desconocido... ¿No hay modo de arreglado, Sylvia?
La joven meditó un momento.
—Tengo que revisar los mecanismos —dijo al cabo.
—¿Sabes hacerlo?
—Todo el que usa una cápsula de traslación cuasiinstantánea, debe ser capaz de encontrar una avería cuando se produce y reparada por sus propios medios... —contestó—. De otro modo, no se le autoriza el uso de la cápsula.
—Eso ya es algo —dijo Kell, más aliviado—. ¿Por dónde vas a empezar, Sylvia?
—Los mecanismos están en el fondo de la cápsula. Tenemos que volcarla, Drue. Ven, ayúdame.
Cuatro manos se apoyaron en una de las paredes del aparato. Instantes después, quedaba tendido de costado.
Sylvia separó un trozo de plancha de la base, que se ponía y quitaba a presión. En el hueco apareció una caja, que desprendió de sus abrazaderas destapándola inmediatamente.
Kell divisó una serie de herramientas que para él no tenían sentido alguno. Sylvia eligió algo parecido a un destornillador y empezó a tocar con su extremo distintos puntos del borde externo de la base.
Momentos después, la plancha quedaba suelta. Kell la apartó a un lado y pudo contemplar un indescriptible conjunto de cables y mecanismos, que no se parecían en nada a cuanto había visto hasta entonces.
Sylvia inició el trabajo, ayudada por una cajita que paseaba por todos los puntos de la maquinaria. Kell comprendió que se trataba de un detector de averías.

Al cabo de un rato, Sylvia exclamó: —Ya está —dijo.
Kell respiró aliviado.
—¿Has encontrado la avería, ¿Es algo importante? Ella se echó a reír.
—En la Tierra lo llamaríais fusible —dijo—. Recibió una tensión superior a lo normal y se quemó. Pero —añadió, preocupada— lo que no entiendo es el origen de esa tensión anormal.
—Es lo mismo —dijo Kell, impaciente—. El caso es que lo arregles y que podamos volver a la Tierra.
—O a Straylan, Drue.
—Con tal de que sea un lugar conocido...
Sylvia reanudó su trabajo. Para no perderse, Kell permanecía cerca de la cápsula. Le hubiera gustado explorar un poco aquel extraño bosque, pero no se atrevía a alejarse de aquel lugar.
Un cuarto de hora más tarde, Sylvia anunció que la labor estaba terminada.
—Sólo falta poner las tapas y enderezar la cápsula... —dijo.
—Supongo que ahora no habrá errores de... navegación —manifestó Kell con cierta lógica desconfianza.
—La culpa no fue mía, Drue, tenlo en cuenta.
—Sí, claro.
—Vamos, ayúdame.
Kell siguió a Sylvia, situándose ambos en el lugar adecuado para volver la cápsula a su posición normal. Todavía no habían apoyado las manos en la pared transparente, cuando, de pronto, sonó a sus espaldas un rugido aterrador.
Kell volvió la cabeza. Al ver aquel espantable monstruo, comprendió el sentido literal de la frase «ponerse los pelos de punta».

CAPÍTULO XI

Mientras se afeitaba, Tim Cassini empezaba a elaborar un nuevo plan para engañar a los tontos.
—¡Jules! —llamó de pronto.
Bannion apareció a los pocos instantes, con un bocadillo en

una mano y un vaso de cerveza en la otra.
—¿Qué quieres, Tim? —preguntó.
—Se me ha ocurrido una idea...
—Aguarda iré a por el paraguas.
—No seas sarcástico —gruñó Cassini—. Es una buena idea, comprobada y practicada de sobra. Podemos sacar fácilmente doscientos cincuenta o trescientos de los grandes en una semana.
—Hemos sacado casi trescientos con el último trabajo, hasta que nos lo estropearon los tipos de Bruss. ¿Por qué no nos dedicamos a la holganza una temporadita?
—Este es un asunto rápido y seguro, Jules. ¿Recuerdas el plan «Q»?
Bannion meditó un instante.
—¿La venta de solares en Alreene VI?
—Sí, el mismo.
—Ya lo hemos explotado. No daría resultado, Tim.
—Aguarda, hombre. Ahora podemos vender los solares en Kook II. Es mucho mejor que el otro planeta. Caerán como moscas. La gente está ansiosa de tirar el dinero. ¿Por qué no poner nosotros un saco bien abierto para que nos lo llenen los primos?
Bannion remoloneó un poco.
—Bueno, pero necesitaríamos una recepcionista —dijo.
—Ya la tenemos. Llama a Flora Goodwin.
—¡Hum! —dudó Bannion—. No sé si querrá después de lo que ha pasado.
—Ofrécele cinco mil dólares como anticipo. Puedes dárselos.
—Flora ha trabajado ya con nosotros y conoce nuestra forma de actuar. No tengo ganas de buscar a otra que a lo mejor siente de repente escrúpulos de conciencia y te estropea el negocio. Anda, llama a Flora.
—Oye, ¿y no sería mejor hablar con ella personalmente?
—Sí, tienes razón.
—Bueno. —Bannion remató el bocadillo con una feroz dentellada y después se dirigió hacia el fonovisor, situado en una pieza contigua.

Marcó un número y aguardó. Una voz mecánica respondió:
—La señorita Goodwin está ausente. Si necesita algún mensaje, diríjase al número 237 de la calle Pappslee, vigésima planta, puerta E.
Bannion hizo una mueca.
—¿A qué primo habrá conquistado esa pájara? —masculló.
Luego fue con el recado a Cassini, quien se encogió de hombros.
—No importa, iremos a verla y..., a fin de cuentas, por el día puede trabajar para nosotros —añadió con una risita.
Minutos más tarde, los dos compinches abandonaban la casa y tomaban un taxi, que les llevó en menos de un cuarto de hora a la dirección indicada.

* * *

Drue Kell creía estar bajo los efectos de una pesadilla.
—¡Sylvia ¿Estoy soñando? La joven se puso pálida.
—Drue, salta adentro, rápido, aunque no hayamos enderezado la cápsula —gritó.
Kell no se hizo de rogar y saltó al interior de la cápsula. Sylvia le imitó en el acto y luego cerró la puerta.
—¿Estamos seguros aquí? —preguntó él, muy aprensivo.
—Espero que sí —respondió Sylvia.
Kell no las tenía todas consigo. Aquella fantástica bestia parecía muy capaz de destrozar la cápsula a poco que se lo propusiera.
Era un animal que a Kell le pareció salido de la pluma de un dibujante atacado de delirium tremens. Parecía un colosal caimán, aunque de patas mucho más largas, con una cola bífida de varios metros de longitud, rematada cada punta en una bola con puntas córneas, cada una de las cuales no medía menos de treinta o cuarenta centímetros de longitud.
Las colas golpeaban el suelo de cuando en cuando, despedazando los arbustos y enviando a lo alto enormes trozos de tierra. La cabeza de la fiera, unida al cuerpo por un ondulante cuello de tres metros de largo y medio de grueso,

estaba armada de una espantable dentadura, que más parecía una doble sierra de metal. .
El animal dio unos cuantos pasos y se detuvo a media docena de metros de la cápsula, abriendo y cerrando las mandíbulas con horribles chasquidos de aquellos dientes, capaces de partir a un hombre en dos sin el menor esfuerzo. A Kell, sin embargo, le impresionaron mucho más los remates de las colas, que hacían trepidar el suelo a cada golpe.
Un rayo de luz cayó, de pronto, sobre el coriáceo pellejo del animal, arrancándole destellos metálicos. —Sylvia, ¿no podemos largamos de aquí, aunque la cápsula esté volcada? —preguntó Kell, lleno de temor.
—Los instrumentos recibirían indicaciones falseadas —contestó ella—. Tenemos que esperar a que esa bestia se vaya ...
—O a que destroce la cápsula a coletazos —dijo Kell, aprensivamente—. El vidrio no podría resistir uno de esos golpes. Fíjate qué hoyo queda en el suelo después de cada coletazo.
Sylvia asintió. De nuevo volvió a ver en la piel del animal aquel extraño destello metálico.
—Aguarda un momento —dijo de pronto, mientras hurgaba en su bolso—. Creo que he encontrado la solución.
—Tú dijiste que el desalineador molecular sólo servía para las masas metálicas —alegó Kell.
—En la estructura orgánica de ese animal hay una elevada proporción de metal —afirmó Sylvia—. Es cuestión de metabolismo, ¿sabes?
—Yo Soy solamente un simple dibujante —se lamentó él.
Sylvia abrió de pronto la puerta Y. asomando medio cuerpo, lanzó una descarga hacia la bestia.
El efecto resultó fulminante.
El animal se desmoronó casi instantáneamente en una repulsiva masa de carne pardusca, de la que brotaban arroyos de un líquido amarillento y consistencia siruposa. Los aguijones de la cola habían desaparecido asimismo en el acto, también los dientes y las uñas de las garras.
—¡Vamos, Drue! —gritó Sylvia lanzándose fuera de la cápsula.

Tenemos que irnos de aquí antes de que aparezca otro monstruo.
Kell no se hizo de rogar. Evitando mirar los repulsivos restos de la bestia saltó al suelo y ayudó a Sylvia a colocar la cápsula en su sitio.
Momentos después, Sylvia hacía funcionar el aparato con ojos que no daban crédito a lo que veían, Kell contempló de repente la desaparición de aquella selva de pesadilla.
El viaje duró un cuarto de hora aproximadamente. Al cabo de ese tiempo', se divisó un paisaje de aspecto consolador para la pareja.
—Esta vez hemos acertado —dijo Silvia, exultante de alegría.

* * *

Gómez abrió la puerta tras oír el timbre de llamada y se encontró de repente ante dos tipos que le parecieron conocidos.
—¡Caramba! —dijo—. ¿Dónde nos hemos visto antes?
—Rayos —juró Bannion—. Este es el fulano que nos pagó con cinco francos straylanitas.
—Los cuales, por cierto, no he recobrado todavía, ya que ustedes no me han llevado a mi planeta —manifestó Gómez hiriente.
—Eso no importa ahora —refunfuñó Cassini—. Tenemos noticias de que Flora está aquí.
—¿Cómo lo saben ustedes?
—Llamamos a su apartamento y recibimos una respuesta grabada en el fonovisor.
—Ah, comprendo —murmuró Gómez. Se volvió un poco y llamó —: ¡Flora, hay dos caballeros que te buscan!
Miró luego a la pareja y añadió:
—Luego arreglaremos el asunto de los cinco mil dólares.
—Sí, luego —contestó Bannion, sarcásticamente. Flora apareció a los pocos momentos, cubierto el cuerpo opulento con un peinador de seductora apariencia. Bannion y Cassini intercambiaron una mirada de asombro.

—Quién lo hubiera dicho, ¿eh? —murmuró Cassini.
—Sí, está guapa de veras —mascculló Bannion—. Flora —añadió—, la necesitamos.
—Lo siento —respondió ella.
—El empleo es bueno. Le daremos cinco mil de anticipo y dos mil quinientos mensuales —ofreció Cassini.
—No.
Bannion frunció el ceño.
—¿Se puede saber por qué, Flora?
—Tengo un empleo mejor —contesto ella.
—Va a ser mi esposa —agregó Gómez.
Los dos compinches soltaron la carcajada.
—Se van a casar —dijo Bannion, congestionado por la hilaridad.
—La giganta y el enano —añadió Cassini muerto de risa.
Flora se enfureció.
—Si hay algo que no tolero es una burla dirigida a mi futuro esposo —manifestó.
Alzó la mano y cortó las risas de Cassini de una tremenda bofetada, que le hizo dar dos vueltas sobre sí mismo. Los ropajes del individuo revolotearon y algo cayó al suelo.
Bannion se quedó estupefacto. Antes de que pudiera recobrarse, la mano de Flora actuó de nuevo y le tiró sobre un sillón.
—No es que mi pasado sea digno de elogio —manifestó ella coléricamente—, pero he decidido cambiar de vida y no pienso volver con ustedes ni por todo el oro del mundo.
De pronto, divisó en el suelo el garrote que Cassini había perdido y lo agarró antes de que su dueño pudiera recuperarlo.
—¡Largo! ¡Miserables!
Bannion optó por emprender una prudente retirada.
Cassini trató de resistirse.
Flora empezó a manejar el garrote. Cassini aulló al sentir el primer golpe y quiso abrazarse a ella para arrebatarle el arma.
Gómez se creyó en la obligación de intervenir y tiró de las ropas del sujeto desgarrándolas. La caja de control del garrote cayó al suelo.

Cassini se desconcertó. Un estacazo cerca de la oreja le hizo abandonar el campo más que aprisa.
Flora cerró la puerta todavía jadeante y con el pelo alborotado.
—Lo siento Pedrito —dijo. Gómez la abrazó entusiasmado.
—¡Qué valor, qué valor! Flora, te aseguro que en Straylan no hay mujeres tan valientes corno tú.
Ella sonrió cariñosamente. —Es que te quiero —contestó.
—Y vas a ser mi esposa.
—Si tú me aceptas... —dijo Flora ruborizándose hasta la raíz del pelo.
El beso que recibió inmediatamente la convenció contundentemente de las intenciones de Gómez.

CAPÍTULO XII

—¡Pero esto no es la Tierra! —gritó Kell.
—Naturalmente —respondió Sylvia—. Hemos llegado a Straylan.
Kell paseó la vista asombrado por los alrededores.
El paisaje era muy agradable, aunque los había visto más atractivos.
—Bueno, no está mal del todo —admitió al cabo—.
Pero, ¿por qué hemos venido aquí en lugar de regresar a la Tierra?
—Emprendimos el viaje sin hacer las comprobaciones instrumentales. Por eso preferí venir aquí, para trabajar sin temor.
—Ah —murmuró——. ¿Puedo salir?
—Sí, claro.
Kell se dio un paseo por los alrededores, mientras ella trabajaba afanosamente. De pronto, oyó rumor de voces.
Un grupo de personas apareció de pronto ante ellos.
—Hola —saludó Kell.
Los componentes del grupo se acercaron a él llenos de curiosidad.
—¿Quién es usted? _preguntó una mujer de treinta y tantos

años y bastante atractiva.
—Drue Kell, de la Tierra —respondió el joven.
—¡De la Tierra! —chilló la mujer—. ¡Mamá! ¿Has oído?
Una mujer de cincuenta y tantos años y expresión avinagrada se acercó a Kell.
—Conque de la Tierra, ¿eh? —dijo—. También le habrán enviado aquí esos invasores.
—¿Qué invasores? —respingó el joven.
—Hombre, los que quieren quedarse en nuestro sitio, en Sub-Hallymore 2.
Kell frunció el ceño. Al mirar entre los ramajes con más atención, divisó un par de casas de aspecto enteramente terrestre, así como algunos montones de escombros procedentes de paredes derribadas.
—Estábamos en la Tierra y nos vimos trasladados aquí de repente —dijo un hombre.
—Yo soy Alicia Kimball —se presentó la mujer más joven—. No sé qué pasó, pero vine a este sitio, con mi casa y con mi madre.
Kell recordó en aquel momento los extraños fenómenos que se habían producido en Sub-Hallymore 2.
—De modo que los trajeron aquí...
—Y otros, si no estoy equivocado, están ocupando nuestros puestos —manifestó el hombre que había hablado antes y que dijo llamarse Burt Clancy.
Kell frunció el ceño.
—Creo que empiezo a comprender —dijo—. Pero, aguarden aquí un momento, por favor.
El grupo se dispersó. Todos sus componentes se agazaparon tras los arbustos.
Kell los imitó. Segundos después, vio una fila de hombres que caminaban a buen paso hacia un lugar situado al pie de una loma, cuya base estaba cubierta de una espesa vegetación.
La hilera se dirigió hacia lo que parecía un túnel de ramajes, en cuyo interior desaparecieron a los pocos instantes. A Kell le pareció ver al fondo del túnel un disco que brillaba de una manera que ya le era conocida.
—Esperen —insistió—. Volveré en seguida.

Echó a correr y regresó junto a la muchacha.
—Sylvia —dijo con ojos brillantes—, creo que ya he encontrado la entrada de traslación instantánea.
Ella se quedó parada.
—¿Estás seguro, Kell?
—Sí, ven conmigo. —Kell la cogió de la mano y tiró de ella.
Momentos después se encontraban frente a la entrada del túnel de ramaje, rodeados de las demás personas. Al fondo se divisaba un círculo brillante de significado inconfundible.
—Sí, es la otra entrada —confirmó Sylvia—. Pero no conviene que la usemos, Drue.
—¿Por qué? Podríamos estar de vuelta a la Tierra en unos segundos.
—¿Y si Bruss está al otro lado para recibimos? Podría anular, mejor dicho, cerrar la otra puerta, y entonces moriríamos instantáneamente.
—¿Quién ha pronunciado aquí mi nombre? —gritó alguien de repente.

* * *

—A mí me gustaría saber por qué he venido a parar a este inmundo lugar —dijo Sheila Dort, exasperada.
—Tú te callas —cortó Bruss con dureza—. Vamos a ver. ¿Quiénes son ustedes y por qué me conocen a mí? —preguntó.
Kell contempló un momento al millonario, que estaba acompañado de tres individuos. Sylvia comprendió que debía dejarle a él la iniciativa.
—Nuestros nombres no le dirían nada, señor Bruss —respondió Kell—. Solamente puedo decirle que estamos aquí para ayudarles. ¿No es eso, Sylvia?
—Así es, Drue.
—A usted le falta alguien en su séquito —dijo Kell—. ¿Me equivoco, señor Bruss?
—No —gruñó el aludido—. Es Chinn. Se metió por aquel túnel brillante que hay al fondo y no se le ha vuelto a ver más.
—Ha muerto —anunció Kell. Ogquist silbó.

—El quería que yo le acompañase —dijo—. Por fortuna, preferí quedarme aquí. No se vive muy bien, pero se vive.
—Que no es poco —sonrió Kell—. ¿Cómo llegaron aquí, señor Bruss?
Nos narcotizaron. Cuando despertamos, estábamos ya aquí.
Sheila se tocó la mandíbula.
—A mí no me narcotizaron, precisamente, pero el efecto fue el mismo.
—Usted no sabe quien lo hizo, ¿verdad, Bruss?
—No tengo la menor idea —admitió el aludido.
—¿Quién fue? —preguntó Gylty.
—Sería largo de contar —respondió el joven—. Lo único cierto es que hay otros ocupando sus puestos.
—¿Cómo? ¿Nos han suplantado? —gritó Bruss.
—Así como suena. Sus puestos están ocupados ahora por unos dobles de idéntica apariencia.
—Ya te decía yo, hija —gruñó la señora Kimball—. Ese marido tuyo fue siempre un perdulario. Nunca debieras haberte casado con él; borracho, vago... Todos los defectos que quieras y alguno más.
Kell sonrió.
—¿Cómo vinieron ustedes a parar aquí? —preguntó.
—No lo sabemos —respondió Clancy—. Yo estaba en mi casa con mi mujer y, de repente, sentimos una ligera trepidación. Cuando nos dimos cuenta, la casa se había mudado de lugar.
Kell se volvió hacia Sylvia.
—¿Qué explicación le das, Sylvia? —inquirió.
—Algún fallo de la máquina —respondió ella—. El campo de acción se ensanchó súbita e inesperadamente y ello fue lo que produjo todos los desperfectos en SubHallymore 2.
—Pero alguna forma habrá de reparar esos desperfectos —opinó Clancy.
—Sí, aunque me temo que deberán tener paciencia algunos días más —contestó Sylvia.
—¿Qué? —gritó Bruss—. ¿He de seguir aquí por más tiempo?
—No será mucho más tiempo —contestó Kell—. Un día o dos. ¿No es así, Sylvia?

—En efecto, Drue.
Bruss levantó un índice.
—Le advierto que poseo dinero e influencias...
—Eso no sirve de nada aquí —cortó Kell secamente.
—También tengo unos buenos amigos que podrían echarme una mano, en caso necesario.
Kell miró a los guardaespaldas.
—No me extrañaría en absoluto, dada la fama que tiene usted, que no es precisamente la de un santo —respondió—. Pero le advierto que tanto la señorita Tarryth como yo no estamos inermes.
Bruss pareció impresionarse por aquella respuesta.
—Pero, entonces, ¿qué podemos hacer? —se lamentó.
—Han podido sobrevivir algunos días sin dificultades —declaró Sylvia—. No abandonen esta zona y permanezcan unidos. No son demasiados, de modo que se pueden alojar sin dificultades en las casas que fueron transportadas hasta aquí.
—Había dos frigoríficos llenos y ya están a punto de agotarse —alegó Clancy.
—Resolveré este problema —prometió la joven—. Antes que acabe el día, serán atendidos debidamente.
—¿Quiénes lo harán? —preguntó Kell, curioso. Ella sonrió.
—No olvides que estamos en Straylan y es un planeta muy civilizado —respondió—. Pero —se dirigió a los desterrados—, por lo que más quieran, no atraviesen el círculo brillante.
—Otros lo hacen —dijo Bruss.
—Lo pueden hacerla, pero ustedes no. Correrían graves riesgos, insisto. Por favor, tengan paciencia; es cuestión de veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Nosotros tenemos que irnos, pero, repito, hoy mismo atenderán sus necesidades de alimento y vestuario.
Los desterrados parecieron resignarse. Sylvia se volvió hacia el joven:
—Tenemos que irnos, Drue —dijo.
—Cuando tú gustes, Sylvia.
Momentos después, estaban en la cápsula. Sylvia habló con alguien a través de un transitar, en un idioma absolutamente

ininteligible para Kell y luego programó las coordenadas del viaje cuasiinstantáneo.
La cápsula arrancó a los pocos instantes. Mientras viajaban Kell preguntó:
—¿Por qué has dejado en funcionamiento la entrada de la máquina de traslación instantánea, Sylvia?
—Por dos razones: una, evitar pérdida de vidas humanas. Hay gente inocente aquí y allí, ¿comprendes?
—Sí. ¿Cuál es la otra razón?
—La máquina debe ser desmontada por especialistas muy hábiles en la materia. Cualquier fallo podría provocar una verdadera catástrofe.
—Como, ¿por ejemplo...? —preguntó Kell.
—Oh, la traslación a Straylan de un gran pedazo de la Tierra y viceversa..., o que ese fragmento planetario se quedase en el intenspacio, con todas las consecuencias que son de imaginar.
—Comprendo —dijo Kell—. Pero eso me hace saber una cosa, Sylvia.
—¿Sí, Drue?
—Bruss, es decir, el que está en la Tierra, es uno de los especialistas que tú has citado hace un momento.
—Exactamente Drue, así es —confirmó la muchacha.

CAPÍTULO XIII

Gómez examinó con curiosidad la caja de control mientras Flora iba de un lado para otro, arreglando la habitación. Los dedos del hombrecillo hurgaron en los controles de la caja de dirección del garrote, que permanecía sobre un sillón.
Flora lanzó de pronto una exclamación al caérsele un cenicero al suelo. Se inclinó para recogerlo y, al mismo momento, se disparó el garrote.
—¡Ay! —gritó la rubia, enderezándose de un salto, a la vez que se frotaba con una mano el lugar afectado por el golpe—. Pedrito, no me gustan esas bromas —se quejó.
El garrote se mantenía flotando en el aire. Gómez, sin contesar

a Flora, siguió moviendo los controles, aunque con gran cuidado.
—Curioso, muy curioso —dijo—. Nunca había visto una cosa semejante.
—Ah, es un garrote teledirigido —explicó Flora—. Aquí los llaman gadgets.
—¿Cómo?
Objetos de regalo sin gran finalidad práctica, aproximadamente. Ese control remoto por radio podía aplicarse a cosas más útiles. El garrote teledirigido es un capricho de snobs, aunque reconozco que, en ciertos casos, puede resultar conveniente el tener uno al alcance de la mano.
—Ya comprendo —dijo Gómez—. Se le cayó a ese tipo cuando le pegaste.
—Bannion y Cassini son dos rufianes contestó Flora despectivamente—. No me extraña que lo usaran.
En aquel momento, llamaron a la puerta.
Flora y el hombrecillo se miraron un momento. —Mi primo no es —dijo ella—. Tiene llave de la casa.
Hubo un momento de indecisión. La llamada se repitió.
—Voy a abrir —manifestó Flora—. Ten listo el garrote.
Descuida, nena.
Flora cruzó la sala y abrió la puerta. Tres hombres aparecieron de inmediato ante sus ojos.
—Soy Lane Van Der Bruss —dijo uno de ellos—. Buscamos a Pedro Gómez.
—Ahí lo tienen —contestó Flora.
Gómez se puso en pie, sin soltar la caja de control remoto.
—¿Qué es lo que quieren de mí? —preguntó.
—Hace días, un tal Vroot fue a buscarle al Graypole, contestó Bruss.
—Sí, lo recuerdo perfectamente.
—Yo también —dijo Flora—. Le di unos cuantos golpes.
—A mí no me los dará —rezongó Ogquist malhumoradamente.
Y alargó una mano para cogerla por la muñeca, pero ella, veloz, estiró también la suya y le metió dos dedos por los ojos.
Ogquist lanzó un rugido y empezó a dar vueltas por la

habitación, cegado momentáneamente. Bruss emitió una maldición:
—Anda con él, Gylty.
El secretario se dirigió hacia Gómez. De pronto, algo bajó de las alturas y le golpeó en medio de la frente.
Gylty se tambaleó, a la vez que de su garganta surgían gruñidos inarticulados. A punto de caerse, se abrazó a Ogquist, quien no había recobrado todavía el uso de la visión.
Bruss estaba boquiabierto. Antes de que pudiera reaccionar, el garrote voló hacia él y le golpeó en medio de la boca.
Se oyó un aullido de dolor. Bruss escupió sangre, mezclada con un par de dientes rotos. Metió la mano en el bolsillo, intentando sacar un arma, pero Gómez, inflexible, le arreó un tremendo estacazo en la muñeca, que le hizo desistir de su empeño instantáneamente.
El garrote continuó moviéndose. Gómez concentró ahora sus esfuerzos en los otros dos individuos. Gylty y Ogquist chillaban de continuo, acorralados por aquella estaca que se movía relampagueantemente, sin darles un solo momento de respiro.
Al fin, los tres individuos, abatidos, desmoralizados y llenos de cardenales en todas partes de su cuerpo, optaron por emprender una huida carente de dignidad. Flora cerró la puerta y miró sonriente al hombrecillo.
—¿Qué te ha parecido? —preguntó.
—Maravilloso —elogió Gómez—. ¿Podré llevármelo a Straylan?
—Yo creí que era a mí a quien querías llevarte allí —dijo ella maliciosamente.
Gómez soltó la caja de control y avanzó hacia la joven, estrechándola entre sus brazos.
—Querida —contestó—, respecto a tu viaje a Straylan, convertida ya en la señora Xprrqwwzqrs no hay duda alguna.
Flora suspiró.
—El apellido se las trae —comentó—, pero, imagino, a todo se acostumbra una.
La puerta de la casa se abrió en aquel momento.
Kell soltó una risita irónica.

—¿ Estorbamos?

* * *

—Hola primo —saludó Flora, separándose de Gómez—. Estábamos en un momento tierno.
—Ya veo —sonrió Kell—. Por cierto, nos hemos cruzado en la puerta de la calle con tres tipos que parecían bastante malparados.
—Eran Bruss y dos de sus acólitos —respondió Gómez.
—¿Han estado aquí? —preguntó Sylvia.
—Sí, y Pedrito les ha propinado una buena tunda con el garrote —dijo Flora—. ¿Quieren algo de beber?
—Yo tomaría mejor un bocadillo —manifestó Kell—.
Pedro, hemos estado en Straylan.
—Interesante —murmuró el hombrecillo, mientras Flora se dirigía a la cocina—. ¿Qué han visto allí?
—La otra entrada de la máquina de traslación instantánea.
—¿Cómo? ¿La han encontrado?
—Así es, hiperdoctor —confirmó Sylvia.
—Eso es muy importante —murmuró Gómez—. Nadie sabía dónde estaba hasta ahora.
—Allí está muy disimulada por el boscaje, Pedro —alegó Kell.
—Sí, pero eso no es bastante, sino sólo para exploraciones inmediatas. Seguro que debió de montar un interferidor por los detectores de larga distancia. Por eso no la encontrábamos nadie.
—Y le enviaron a usted a localizarla en la Tierra.
—En parte sí, aunque más bien es misión de Sylvia.
Yo tengo otras cosas más interesantes que hacer.
—¿Se refiere a los planes de Bruss? Bueno, quiero decir del tipo que ha suplantado a Bruss.
—Sí, eso mismo. No olvide usted que soy ingeniero de cerebros.
Kell se volvió hacia Sylvia. Ella dijo:
—Recuerda la gente que vimos desaparecer en el túnel de traslación instantánea, Drue.

—Sí, claro, pero...
—Son straylanitas amigos de Bruss y colaboradores en sus planes. Vienen aquí para suplantar a otros tantos terrestres.
Kell se quedó con la boca abierta.
—¿Una invasión?
—Sólo momentánea. Luego se irán, ¿no es asÍ, hiperdoctor?
—No podemos asegurarlo todavía —contestó Gómez.
Flora llegó en aquel momento con una bandeja en las manos.
—¡A comer! —anunció.
Kell se apoderó de un bocadillo.
—Me gustaría conocer los planes de Bruss con toda exactitud —deseó.
—Aún no los conocemos de una manera definitiva —respondió Sylvia—. El podría explicarlo mucho mejor, cosa que dudo. Lo que sí resulta cierto es que está procediendo a la duplicación de personas.
—Sustituye a los terrestres por gente de su confianza —adivinó el joven.
—Justamente.
—Y, me imagino, esos cambios tienen lugar en Sub-Hallymore 2.
—En efecto, así es.
—¿Son cambios quirúrgicos?
—Hasta cierto punto —intervino Gómez—. Claro que no se trata de una operación quirúrgica en el sentido usual pero la definición es muy aproximada, por ahora, ya que, repito, no conocemos sus planes por completo.
—Bien, pero, ¿qué hacen con las personas sustituidas? .
Hubo un momento de silencio. Kell se estremeció.
—Creo comprender —murmuró.
—Sí, Drue —confirmó Sylvia tristemente.
—Pero algunos están vivos...
—Seguramente por error, aunque la mayoría de los sustituidos estarán muertos.
—¿Se les puede localizar?
—Con mi detector de mentiras —dijo Gómez.
—En Sub-Hallymore 2 viven miles de personas. No se les

puede preguntar una a una si son straylanitas o terrestres —alegó Kell.

Gómez pareció quedarse un tanto deprimido.

—¿Cómo los echaríamos de la Tierra? —preguntó.

—No lo sé —respondió Kell—. Pero me parece que habría que buscar primero el lugar donde se procede a la sustitución de terrestres por straylanitas.

—Tiene que estar en la casa de Bruss —manifestó Sylvia.

Kell reflexionó un momento. Luego dijo:

—Sylvia, temo que no nos va a quedar otro remedio que volver a esa casa.

—Sí, Drue.

—En cuanto a usted, doctor, disponemos de una cápsula de traslación instantánea. ¿Por qué no regresa a Straylan y pone fuera de uso la otra entrada?

Gómez pareció considerar la propuesta.

—No hay inconveniente —dijo al cabo—. Pero no me gustaría ir solo.

Kell miró a Flora. —¿Has oído, prima? La rubia sonrió.

—No sé qué me ha dado ese hombre, pero le seguiré dondequiera que vaya —contestó.

—Muy bien —dijo Kell—. En ese caso, ya no queda sino acordar un plan de acción conjunta y vamos a empezar ahora mismo.

—Sí, pero no lo pondremos en práctica inmediatamente —objetó Sylvia—. Estoy muy fatigada y necesito descansar unas cuantas horas antes de dar un solo paso.

—Me parece muy lógico. Yo también me he pasado una noche entera sin dormir..., es decir, suponiendo que no haya transcurrido más tiempo.

—En cierto modo, a la idea sí pasó mucho tiempo —declaró Gómez—. Pero como volvieron inmediatamente, recorrieron a la inversa las líneas temporales, con lo que la diferencia de tiempo con la Tierra ha sido mínima.

—Es decir, que entre Straylan y la Tierra hay una diferencia horaria...

—De edades —puntualizó Sylvia—. Allí vivimos a unos mil

doscientos años en el futuro, con respecto a la época actual de la Tierra.

CAPÍTULO XIV

—Todavía no me he recobrado —dijo Kell.
—¿De qué, Drue? —preguntó la joven.
—De lo que me dijiste esta mañana, sobre la diferencia de épocas entre Straylan y la Tierra.
Sylvia sonrió suavemente.
—En la Tierra estamos ahora en el siglo XXIII. Si en Straylan se utilizasen las mismas medidas de tiempo, sería el siglo XXXV.
—Bueno, eso sí lo comprendo; son doce siglos de diferencia. Pero tú quieres decir que al ir hacia Straylan avanzamos en el futuro.
—Exactamente.
—Y al regresar a la Tierra, recorremos el mismo camino temporal, pero en sentido inverso.
—Sí, Kell.
El joven reflexionó unos momentos.
—Vosotros empleáis otra medida de tiempo... —dijo al cabo pensativamente.
—Digamos mejor otro calendario —puntualizó ella—. No es el nombre exacto —añadió—, aunque sí el que más se le aproxima.
—Pero los días tienen una duración análoga a los de la Tierra.
—Sí, Drue.
—Claro que vuestros relojes pueden no estar divididos en veinticuatro horas, pero las fracciones de tiempo abarcarán, reunidas, un día entero.
—Desde luego. El día en Straylan está dividido en dieciocho horas.
—Noventa minutos terrestres.
—Con gran aproximación, Drue —admitió ella.
—Es decir que vuestro calendario en los sistemas de medida de tiempo de Straylan, señala ahora el siglo XXXV, es decir, el

año tres mil cuatrocientos, más o menos.
—Tres mil cuatrocientos sesenta y dos.
—Aquí estamos en el dos mil doscientos cincuenta y cuatro. Pero no hay diferencia de tiempo de ninguna clase.
—¿Cómo que no? —saltó ella—. Son doce siglos...
—Claro, y si yo escribo en un calendario la cifra tres mil cuatrocientos sesenta y dos, habré avanzado de golpe doce siglos.
—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, sumamente intrigada.
—Muy sencillo, que la diferencia no es de tiempo, sino de civilización. Vosotros estáis más adelantados científicamente, eso es todo.
—No... no entiendo, Drue —dijo Sylva, desconcertada.
—Es muy sencillo, muchacha. Una hora es una hora, aquí, en Straylan y en cualquier otro lugar del Universo. Ahora bien, si yo, para viajar a tu planeta, empleo métodos más lentos, que hagan tardar cinco años, por ejemplo sí llegaré en el año tres mil cuatrocientos sesenta y siete. Pero en la Tierra habrán pasado también cinco años.
—Eso no se me había ocurrido a mí, Drue.
—Tu argumento sería verídico si al regresar a la Tierra fuese el año tres mil cuatrocientos sesenta y dos. Repito, nuestro supuesto viaje al futuro de Straylan no es tal, sino en lo referente a civilización. Pero no en lo relativo a educación.
—¿Qué quieres decir, Drue? —preguntó Sylvia.
—Sencillamente, que a pesar de llevamos mil doscientos años de adelanto en el terreno científico, en lo que se refiere a moral, no hay apenas diferencia.
—Estás diciendo tont ...
Kell se echó a reír al ver que ella se interrumpía bruscamente.
—Ibas a decir tonterías, ¿verdad? Bien, ahí tienes al doble de Bruss, tratando de hacer algo completamente reñido con la moral. Eso significa que vuestra educación no ha progresado al mismo ritmo que la ciencia.
Sylvia asintió.
—Sí, Bruss es un criminal —admitió.
—Lo que significa que vuestros sistemas educativos también

tienen sus fallos. Y por esa razón, vamos a ver si estropeamos a Bruss sus planes nada agradables para un buen puñado de terrestres, entre los cuales puedo contarme yo.
—No te olvides de mí, Drue, aunque no sea terrestre —dijo ella.
—Lo tengo muy presente, Sylvia. Ah, creo que ya estamos llegando a la casa de ese pícaro.
Kell refrenó la marcha de su automóvil y lo dejó junto a la acera. Saltó al suelo y contempló la silueta de la residencia de Bruss, algunas de cuyas ventanas se veían brillantemente iluminadas.
—Sylvia —dijo con solemne acento—, tengo la sensación de que se acerca el desenlace.

* * *

—Me gustaría saber dónde se esconden todas esas personas que Bruss ha «importado» de Straylan —dijo Kell, mientras se acercaban cautelosamente a la casa.
—No tardarás en saberlo —respondió Sylvia—. Y puede que te asombres al verlo.
—De todo lo de Straylan ya no me asombra nada. He visto demasiadas cosas para sentir ya sorpresas de ninguna clase.
Paso a paso, iban ganando terreno. Sylvia quiso saber una cosa.
—¿Por dónde entraremos?
—Por la misma puerta que la vez anterior —contestó él.
Momentos después, se hallaban ante la puerta del sótano.
—Han arreglado la cerradura —observó Kell—. Saca el desalineador, Sylvia.
—Aguarda un momento. ¿Tienes ahí la linterna?
—Claro.
Kell alumbró la cerradura. Sylvia lanzó una exclamación.
—Ya me lo figuraba —dijo.
—¿Qué pasa? —preguntó él.
—Han colocado una trampa. No iban a ser tan tontos como para permitirnos repetir la misma operación.
—¿Qué clase de trampa?
—Un reflector de rayos desalineadores. El proyector me

hubiese explotado en las manos y hubiéramos muerto en el acto.
Kell frunció el ceño.
—Eso significa que ya no podemos entrar por aquí, puesto que en el muro de metal habrá— otro aparato análogo —dijo.
—Muy probablemente —contestó ella.
Kell reflexionó unos momentos. Después se apartó unos pasos a la derecha.
—Como haya un sistema de alarma —murmuró, a la vez que rompía un vidrio con el cabo del garrote que había pertenecido a Cassini.
La ventana pertenecía a la cocina de la casa. Entraron y hallaron la pieza desierta.
—¿Dónde pueden estar? —preguntó Sylvia en voz baja.
—En algunas de las habitaciones interiores... o tal vez en el sótano. Ven, sígueme.
Se asomaron al vestíbulo, que estaba desierto. Cuando iban a salir, oyeron pasos.
A través de una rendija, Kell divisó a un hombre que cruzaba el vestíbulo con paso resuelto Kell dejó que Ogquist alcanzara una puerta próxima.
Entonces, «despachó» el garrote. En el último momento, Ogquist pareció presentir el peligro, pero ya era tarde.
Se oyó un golpe seco. Ogquist se desplomó instantáneamente.
Kell corrió hacia el caído y lo arrastró con rapidez, dejándolo en un cuarto destinado a los útiles de limpieza. Cerró con llave y regresó junto a la joven.
—Vamos, Sylvia.
La puerta del sótano había quedado abierta. Paso a paso bajaron por las escaleras, hasta llegar a las inmediaciones de la planta.
Entonces presenciaron un espectáculo que les dejó sin aliento.
Bruss, Gylty y Vroot estaban realizando una operación extraña en apariencia, pero que luego Kell encontró lógica.
«No puede ser de otro modo», se dijo.
Había un hombre en pie, parado ante lo que parecía una gran pantalla de rayos X, rígido, inmóvil, con los ojos cerrados.

Frente a él, a unos cuatro metros de distancia, había otra pantalla análoga, pero en ella, en lugar de una persona, se veía la fotografía de cuerpo entero de un hombre.
Los rostros eran distintos en ambos casos. La corpulencia, sin embargo, era muy similar.
Bruss estaba delante de un gran pupitre de mando, secundado por los otros dos. Los ojos del suplantador estaban fijos en los instrumentos de control.
Un rayo de luz brotó de repente en la segunda pantalla, proyectándose directamente sobre el sujeto inmóvil. El resplandor alumbraba solamente el cuerpo humano.
Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Kell empezó a observar una singular transformación en el sujeto objeto de la experiencia.
Su cara se borró unos momentos, convirtiéndose en un óvalo sin rasgos definidos. Segundos más tarde, los rasgos reaparecieron, afirmándose poco a poco, hasta adquirir una total semejante con la cara del hombre fotografiado.
—Listo —dijo Bruss, cuando la transformación hubo concluido.
Tocó un par de botones y el hombre se despertó. Gylty se acercó a él y le entregó unos documentos. —A partir de ahora eres Simón Vertey —dijo—. Aquí están todos tus datos personales.
—De acuerdo —contestó el straylanita—. ¿Cuándo empiezo?
—Ahora mismo.
—¿Estoy casado?
—Sí, pero tu «mujer» llegará dentro de poco.
—Muy bien.
—Ven por aquí —indicó Gylty.
Los dos hombres caminaron hacia un punto del muro, que se abrió silenciosamente, dejando ver una escalera que conducía al jardín.
—Una puerta secreta —susurró Kell.
El nuevo Vertey desapareció en la oscuridad exterior. La puerta se cerró de nuevo.
—Sigamos —dijo Bruss—. ¿A quién le toca ahora?
—A Dora Vertey —contestó Gylty.

—Llámala.
Vroot caminó en sentido opuesto y abrió lo que parecía un armario disimulado en la pared. Alargó la mano y tiró de una fotografía, de cuerpo entero, de una joven agraciada, que colocó en la segunda pantalla, en lugar de la anterior.
Luego repitió la operación en otra puerta, pero lo que salió de allí fue una chica de pelo rubio y alegre sonrisa, muy distinta de la que aparecía en la fotografía. Sin necesidad de más indicaciones se situó en el puesto que había ocupado antes el hombre y esperó.
La operación se repitió puntualmente. Minutos más tarde la joven straylanita se transformaba en Dora Vertey.
—Es fantástico —dijo Kell.
De pronto Bruss se volvió hacia uno de sus ayudantes:
—Macy tarda demasiado —dijo—. ¿Qué le pasa?
—Iré a ver —se ofreció Vroot.
Dio media vuelta, caminó unos pasos y se detuvo de repente.
—Jefe, me parece que tenemos visita —anunció.

CAPÍTULO XV

—SÍ, tienen visita —confirmó Kell, descendiendo los últimos peldaños.
Bruss lanzó una maldición. —Usted otra vez —gruñó.
—Y yo también —dijo Sylvia.
Hubo un momento de silencio. De pronto, Vroot hizo un gesto hostil.
—Cuidado —advirtió Kell, levantando el garrote con la mano izquierda, mientras que con la derecha empuñaba la caja de control remoto.
Vroot hizo un gesto de pánico. Bruss sonrió.
—No temas, Emil —dijo—. Ese chisme ya no sirve para nada.
—¿Quiere probarlo? —le desafió Kell.
Bruss señaló con la mano el pupitre de mando. —Tengo en marcha un dispositivo interferidor de las ondas de su caja de control —manifestó—. No volverán a sorprenderme más.

—Pruébalo, Drue —indicó Sylvia.
La prueba resultó negativa. Desolado, Kell observó que el garrote caía al suelo.
—¿Y bien? —dijo Bruss satisfecho—. ¿Se ha convencido?
—Le gusta estar prevenido, ¿eh?
—Por supuesto. Ese garrote me ha dado muchos disgustos y no sólo físicamente. Cuando alguien lo manejó una vez en esta casa, se produjeron disturbios en los aros de traslación instantánea.
Kell se volvió hacia Sylvia.
—Eso explica que nos viéramos lanzados al interespacio —dijo.
—¿Les visitaron dos tipos llamados Bannion y Cassini? —preguntó la muchacha.
—Sí, en efecto —confirmó Gylty.
—Debió ocurrir en aquel momento —dijo Sylvia—.
El garrote estaba en funcionamiento y las ondas emitidas por la caja de control, alteraron las líneas de transporte instantáneo.
—Por eso se nos perdieron unos cuantos amigos que venían a la Tierra —manifestó Bruss—. Deben de andar por ahí perdidos, si no han muerto ya.
—Dadas las intenciones que traen, no es cosa que se haya de lamentar demasiado —dijo Kell.
—Ustedes sí lo lamentarán, porque les enviaremos a ese interespacio y ya no volverán aquí. Esta vez no dispondrán de la cápsula para escapar.
—Todavía no nos han enviado —gruñó Kell—, Ya ven, un tipo tan simple como Tino Chinn consiguió escapar.
—Se lanzó a través del otro círculo y llegó sin que lo advirtiéramos —explicó Bruss—. Todavía no habíamos instalado el detector de llegadas.
—Pero, bueno, ¿qué es lo que pretende usted, Bruss?
—¿Es que no lo has comprendido todavía, Drue? —exclamó Sylvia—. Van a sustituir a todos los habitantes de Sub-Hallymore 2.
—Eso ya lo sé. ¿Con qué objeto?
—No nos gusta Straylan —dijo Bruss—. Queremos vivir aquí.
—Vaya —resopló el joven—. Podrían obtenerlo igual...

—Eso es una mentira como una casa, Drue —dijo Sylvia—. No le creas. ¿Por qué no es usted franco Bruss?
El aludido hizo, una mueca.
—Usted es agente de Control de Viajes Espaciales.
¿Por qué no se lo dice a su amigo?
—Contrabando —declaró la muchacha escuetamente. Kell se quedó atónito.
—Pero... ¡eso es absurdo! Si de aquí se puede exportar todo libremente...
—Drue, ¿por qué crees que un tipo como Gómez intervino en el caso? Es ingeniero de cerebros, ¿recuerdas?
—Sí, claro. Oye, no irás a decirme que...
—Sí, Drue; lo que ellos pretenden exportar a Straylan son cerebros, pero no de una manera metafórica, sino en el sentido literal de la palabra. Todas las personas sustituidas han muerto y sus cerebros enviados a Straylan para ser vendidos a quienes desean cambiar absolutamente de personalidad. Lo creas o no, hay gente en mi país que se siente hastiada de su actual mentalidad y quiere cambiarla por completo. Pero, claro, a fin de que aquí no se note nada, tienen que sustituir a las personas cuyo cerebro es objeto de venta aquí.
—Voy entendiendo —dijo Kell—. Lo que eso significa es que los cerebros terrestres son de primera calidad.
—Psé, no crea —contestó Bruss desdeñosamente—.
En realidad, lo que sucede es la feliz coincidencia del paralelismo espacio temporal de ambos planetas, que facilita el trabajo. Lo mismo nos daría otro planeta de análogo estado de civilización. Pero la proximidad de la Tierra en el repliegue espacio temporal, hizo que nos decidiéramos por actuar aquí.
—Sin embargo, hay algunos que han sobrevivido y que no han perdido su cerebro.
—Fueron los primeros y no había tiempo sino para tomar sus figuras y quitarlos de en medio con la mayor rapidez posible. Ya arreglaremos después ese asunto.
—Si les dejamos —habló Sylvia resueltamente.
—¿Creen que podrán impedirlo? Emil, ¿tienes a mano el gas narcótico? Cuando lo hayan inhalado, les ordenaremos pasar

por el círculo y los dejaremos en el interespacio. Así no nos molestarán más.
Kell suspiró.
—Y pensar que en todas partes, es el móvil económico lo que impulsa a la gente al crimen —dijo.
Vroot sacó la pistola de gas. De súbito, Kell se inclinó, agarró la estaca y se la tiró con todas sus fuerzas.
El palo dio de lleno en la cara de Vroot, derribándolo sin sentido instantáneamente.
—También se puede manejar a brazo —gruñó Kell, mientras se aprestaba a recogerlo.
Sylvia sacó su alineador y disparó una descarga contra el pupitre de control, del que empezaron a brotar chispas y relámpagos, en medio de tremendos chasquidos. Los vidrios de las pantallas saltaron en mil pedazos.
Bruss lanzó un aullido de rabia. Gylty se retiró prestamente, lleno de temor.
—El gas, el gas narcótico —chillaba Bruss.
La pistola estaba caída en el suelo y quiso recogerla, pero Kell la envió al otro lado del sótano de un rápido puntapié. Luego golpeó a Bruss con el palo.
Bruss lanzó un chillido de dolor y retrocedió tambaleándose. Kell, implacable, le golpeó de nuevo, pensando en las personas asesinadas para ser despojadas de su cerebro.
El último golpe lanzó a Bruss a través del círculo.
Se oyó un espantoso chillido.
Luego se produjo un sonido parecido a un cañonazo.
Algo fue proyectado nuevamente al sótano, una informe masa de carne ennegrecida.
—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Kell, atónito.
—Recuerda —dijo Sylvia—. Gómez fue a Straylan a cerrar la otra puerta. El choque carbonizó a Bruss, despidiéndolo luego al lugar de origen.
Kell se volvió hacia Gylty. El secretario estaba aterrado.
—Sylvia —dijo—, supongo que tú te encargarás de estos pájaros.
—Descuida, Kell —contestó ella—. También en Straylan hay

leyes, jueces y penas muy severas para quienes infringen las leyes.

* * *

—Bueno —dijo Kell, dos días más tarde—, el asunto está arreglado o a punto de solucionarse del todo. ¿Qué vas a hacer ahora, Sylvia?
—Volverme a Straylan, naturalmente —contestó la muchacha.
—¿Usarás la cápsula?
—Pedrito me traerá una. Creo que será portador de noticias muy interesantes.
—Sí, y convendrá también que se traiga su detector de mentiras, para ver quién en Sub-Hallymore 2, es terrestre y es straylanita.
—Lo traerá, no te preocupes.
—Eso espero. Oye, ¿se sirvió de ese cacharro para sondear la mente de mi prima?
Sylvia se echó a reír. —¿Sondeó la mente o el corazón? —contestó.
Kell rió también.
—La verdad es que son una pareja muy dispar, aunque bien avenida. Claro que Flora fue siempre un tanto estrambótica en sus preferencias.
—Se entienden a la perfección y eso es lo que importa.
—Por supuesto, Sylvia, ¿qué noticias traerá Pedrito?
—Ah, algo sobre establecimiento de relaciones entre los dos planetas. Y la de su boda, claro.
—Otra pregunta, Sylvia —dijo él.
—Lo que tú quieras, Drue.
—En la cápsula que te traiga Pedrito habrá un asiento vacío, ¿no?
—¿Piensas usado tú? —preguntó ella maliciosamente.
—Bueno, si Straylan es otra Tierra, no habrá gran diferencia entre vivir allí o vivir aquí... salvo que en Straylan estaré a tu lado, digo yo.
—Dices muy bien —aprobó Sylvia, a la vez que le echaba los

brazos al cuello, porque veía que él se disponía a abrazarla también.

FIN